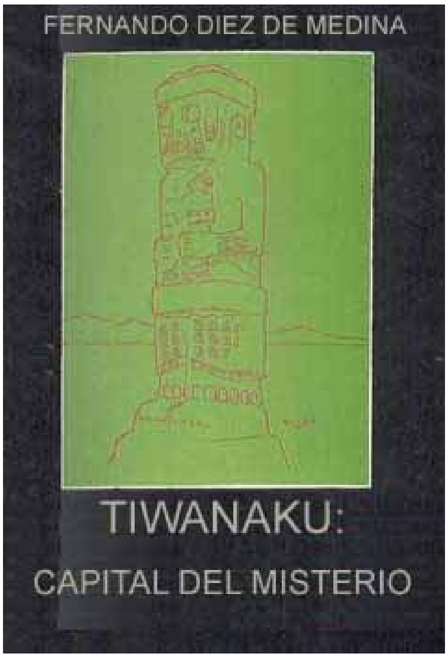


FERNANDO DIEZ DE MEDINA

TIWANAKU
CAPITAL DEL MISTERIO

Cinco Meditaciones y dos
Relatos Legendarios

1986

*
*
*

Portada: Jorge Villanueva Suárez

INDICE

Primera Meditación:
Nocturnidad y Lejanía

Segunda Meditación:
Origen Telúrico

Tercera Meditación:
Claves Metafísicas

Cuarta Meditación:
Los Geómetras de Tiwanaku

Quinta Meditación:
Nayjama el Visionario

Relato Legendario:
Los Atlantes

Relato Legendario:
Los Antis

A la memoria del coronel Federico Diez de Medina Lectora, sabio investigador que en medio siglo de paciente y activísima labor, logró formar el notable museo arqueológico sobre Tiwanaku que lleva su nombre.

Historia no. Ciencia tampoco. Pero las ruinas de Tiwanaku se alzan en la meseta boliviana, a 3800 metros sobre el nivel del mar, próximas al Titikaka, lago sagrado de los Kollas y de los Incas.

El soñador ha leído mucho —cronistas coloniales, historiadores, arqueólogos, investigadores del pasado andino, fantasistas de ciencia-ficción— asimilando conocimientos de ayer y de hoy. Ha meditado largamente, escrutando en las piedras y en los montes, en la toponimia y la semántica, interrogando al monolito, alfabeto hermético, y al indio alfabeto vivo.

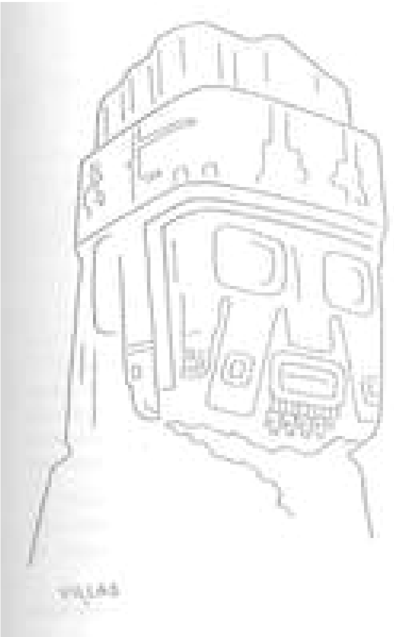
Y al remonte de muchos años de búsqueda y elaboración interior, ha configurado esta doble imagen de intuición poética y discurrir racional que linda en el idealismo trascendental de Schelling y en la fantástica de Novalis transfigurados al toque iniciático del alma india.

América enigmática y remota, América juvenil y matinal encuentran su centro de gravedad en el Ande Boliviano. Y Tiwanaku es la Capital del Misterio cuyos tesoros arqueológicos sepultados apenas afloraron a la superficie.

Caminante: acércate a los nevados seculares, a las piedras inmemoriales, interroga al Indio y al Monolito, sumérgete en los arcanos del Tiwanaku mágico y recóndito.

PRIMERA MEDITACIÓN:

NOCTURNIDAD Y LEJANÍA



¿Bajaron del cielo, vinieron por el mar, brotaron de la tierra, fueron epígonos de civilizaciones desaparecidas o más bien fundadores de su propia cultura?

Nadie lo sabe porque el enigma de Tiwanaku es como un brazalete de oro: se cierra en si mismo.

Arqueólogos y científicos elaboran hipótesis, trazan cronologías, dividen en épocas diversas la existencia del pueblo fabuloso; pero apenas van al limite de los 1.4.000 años y aun éste —Posnansky, el atrevido— es desmentido por estudiosos recientes que no dan ni la mitad de esa cifra a la ciudad-santuario. La verdad es que sus orígenes, su duración en el tiempo, no están claramente establecidos.

Para el Investigador especializado, Tiwanaku es un rico yacimiento arqueológico que guarda aún muchos secretos dentro de un área definida de tiempo y de espacio. Para el

soñador, Tiwanaku es el horizonte abierto: no tiene fin ni comienzo. Como las cordilleras, se conformó de irrupciones y plegamientos, es viejísimo en sus estratos inferiores, joven por la costra terráquea que lo sustenta. Y si se piensa en lo que hay debajo de las ruinas inmemoriales, los mundos subterráneos que fueron y dejaron de ser, se puede presumir que este osario de civilizaciones fué cuna de imperios y de héroes y de dioses tan remotos que perdieron el nombre.

Misteriosa genealogía, apenas presentida.

Quien visita el paraje perilustre y observa con detención sus vestigios, reflexiona que tamaña ciencia constructiva, tan honda sapiencia imaginativa no pudieron brotar del aire ni ser fruto de un corto existir. ¿No hubo detrás de indos, asirios y egipcios legados ancestrales de milenios? ¿No se aleja cada vez más el horizonte humano histórico? ¿No se ha pensado que el planeta Tierra, prodigiosamente antiguo y mudable incontables veces, pudo contener también innumerables pueblos y culturas, de los cuales sólo los más próximos ofrecen testimonios evidentes?

Tiwanaku es una "summa" de saber y de poder. Viene de una espantable antigüedad y de una oscuridad tan profunda que no se les conoce término. Pero si el ojo aprecia la perfecta geometría de las ruinas, si las yemas de los dedos se deslizan sobre la pulida y finísima superficie de las piedras, si se avizora la monumentalidad de los bloques líticos, y se penetra en el mundo movible y sugestivo de las figuras de la Puerta del Sol, el raciocinio crítico enseñará que una tan admirable maestría arquitectónica sólo pudo provenir de una superposición de pueblos y culturas que acumularon conocimientos y experiencias. Tiwanaku, unitario en su ímpetu conceptor y en su estilo, podría ser el resultado de plurales influencias cósmicas y humanas. Acaso el último eslabón en la cadena de los imperios desvanecidos de la América Meridional.

¿Atlantes, lemures, gondwanes, hombres de MU? Es difícil probarlo. (En ningún caso extra-terrestres, porque en Tiwanaku hombre y tierra afirman nítidamente la procedencia telúrica). Sea como fuera, llegados de otros ámbitos terráqueos o brotados del suelo, los primitivos pobladores del Ande secular — Antis, pre-Kollas, o simplemente Tiwanakus — pertenecieron a una casta de reyes-sacerdotes cuya sabiduría hermética gobernaba los pueblos sin entregar sus secretos.

El Monolito simboliza esa forma de teocracia telúrica.

Culturas líticas, se diría, porque antes de alzarse a la adoración de la montaña y del culto solar, buscaron lo inmediato, lo más próximo: las piedras, la estatuaria natural, las amaron y reverenciaron, les atribuyeron poderes mágicos y grabaron en ellas su ciencia oculta que sólo llegaba al pueblo por formas y símbolos visibles.

El Tiwanaku diurno de las ruinas encubre el Tiwanaku nocturno que surge de la "Chamak-Pacha" —la Edad Oscura, cuando no había Sol ni Luna— porque el mundo estaba envuelto en las tinieblas o la semi-luz de una época glacial.

Tal vez estos Tiwanaku fueron los I hombres de lo concreto, que podrían enlazarse con los famosos versos órficos de Schelling cuando dice:

"La materia es la única verdad
comienzo y fin de todo saber;
sus alturas y profundidades
se revelan en jeroglíficos."

Surgidos de la Noche, en una sola corriente teocosmogónica, para ellos tierra, piedra, montaña, volúmenes fueron elementos básicos de la teurgia andina: ordenaban ser, hacer, asentarse en límites definidos, lo mismo el ser humano que los objetos y contornos naturales. Si no matemáticos en concepción abstracta lo fueron de sentido y medida de proporción, buscando siempre la regularidad simétrica de las formas, porque para ellos mundo y seres constituían la esencia objetiva de todo lo visible. Humanizaron la piedra contorneándola en forma humana, y petrificaron al hombre movible en la escultura monolítica. Cautivados por el

magnetismo totémico de los animales, los representaron sujetos a la ley cósmica y geométrica del signo ortogonal.

Ignoramos si se elevaron al culto de "Pacha", el Dios Cósmico del Ande, o sólo adoraron manifestaciones visibles de la naturaleza circundante: nevados, montañas, ríos, Piedras, árboles. Pero presentimos que fueron panteístas y animistas a un tiempo, amadores y sentidores de la materia orgánica y de la materia inanimada, trans-existencialistas porque para ellos sólo había el mundo vivo y constante de las cosas cotidianas.

Si tuvieron sentido de eternidad lo inmovilizaron en la arquitectura y en la estatuaria.

Cierto que demostraron conocer los misterios del cielo y los procesos cíclicos de la naturaleza, mas sin proyecciones metafísicas que acaso sólo existieron para los hierofantes del culto iniciático, esos que sabían que si existen un zodíaco blanco y un zodíaco negro en las estrellas, también asoman por el mundo visible el dodecaedro diurno y el dodecaedro nocturno que guían los caminos del hombre.

Parece que manejaron naturaleza y pueblos con regla y compás, ordenado todo al ritmo universal.

Las ruinas tiwanakenses hablan de un arte grandioso edificado por gentes de corta estatura, como se las ve retratadas en la Puerta del Sol ("Pacha-Punku", Puerta de la Tierra—dirá el Amauta Nayra-Willka, Ojo del Sol).

Y éste es uno de los muchos arcanos que aparentan indescifrables en la ciudad-santuario: ¿por qué seres tan pequeños concibieron construcciones descomunales?

No podemos juzgarlos en sus reales dimensiones de grandeza, porque sólo conocemos la etapa final o agónica de su portentosa civilización. Excavadores y arqueólogos apenas arañaron el suelo: las capas superpuestas de culturas milenarias duermen bajo tierra.

Existe un modelo de vivienda semi-enterrado en el suelo. Tuvieron templetes subterráneos. Acaso pasajes escondidos, todo lo cual delata un culto chtónico muy anterior a los misterios egipcios y helénicos. Tal vez por ello sus pétreas esculturas y sus colosales construcciones resaltan mejor, sugieren más hondo, y es como si hablaran con lengua sibilina más a los reflejos lunares que a la luz del sol.

Pre-selenitas apuntó un sabio porque les atribuyó existencia antes que sol y luna vertieran su lumbre a la Tierra.

Yo diré, mas bien, sucesores de ciclos alternados de luz y oscuridad porque diluvios, épocas glaciales, y recuperación del señorío de los continentes fueron muchas veces, no sólo una.

Las claves íntimas del Tiwanaku no se ven: se esconden. Solamente la intuición poética, la penetración adivinadora, el sentido mágico de las lejanías pueden aproximarnos a sus remotas lindes.

Nos perdemos en los hieroglifos de la estatuaria tiwanakense: figuras y signos que se prestan a múltiples interpretaciones. Tampoco es fácil orientarse en los dibujos concertados de su prodigiosa alfarería. Sin embargo en ese geometrismo ancestral, en esa plástica ornamental, están contenidos la filosofía geognóstica, la ciencia concreta de estos seres telúricos.

Millones de puntas de flecha reveladoras de sangrientos combates, vestigios de ruinas colosales, piezas de metal, tejidos, cerámicas en profusión, bellísimas algunas, objetos de toda laya, orfebrería, instrumentos bélicos y musicales, dan testimonio de una civilización muy avanzada. "Te entrego presencias de mi ser, mas no la esencia que lo animaba" —dirá el poeta.

Estos habitantes de lo oscuro que recién en este siglo asoman a la claridad de las investigaciones científicas. Estos impenetrables hijos de la tierra y padres del mundo pétreo.

Estos maravillosos constructores del portento lítico que guarda todavía sus arcanos. Estos tiwanakus herméticos y esfíngidos, en cuyo origen y ascendencia se estrellan los ingenios más agudos. Estos seres enigmáticos que parecen burlarse de sabios y de visionarios, porque esparcen teoría y pistas como centellas sin jamás fijarlas en el espacio histórico. Estas criaturas de un tiempo sin tiempos. Estos fueron, verdaderamente, los creadores de Tiwanaku, la Capital del Misterio.

Y el Misterio dice que pasarán centurias, acaso milenios, antes que la Figura Dominante de la Puerta del Sol se despoje de su máscara totémica, para revelamos los enigmas del Ande legendario, cuna y sepultura —acaso clave asimismo— de una de las más remotas civilizaciones del planeta.



Villas

SEGUNDA MEDITACIÓN:

ORIGEN TELÚRICO



Están en boga las teorías imaginativas que pretenden explicar el pasado atribuyendo todo a supuestas venidas de seres extra-terrestres. Para esos fantaseadores de la ciencia-ficción los portentos de La Biblia, las proezas de las antiguas teogonías, los enigmas de las culturas primordiales sólo se explican admitiendo la llegada de hombres-dioses que bajando de las estrellas dieron su ciencia a los míseros habitantes de la Tierra.

Basta haber leído a Pauwels, Bergier, von Denniken y Charroux para conocer pueriles soluciones a los misterios del pasado.

La civilización del siglo XX que no cree en Dios, tampoco se fía del hombre. Se prefiere atribuir a fantasmas siderales el origen y desarrollo de la inteligencia en el planeta que habitamos.

Es posible que existan habitantes de otros mundos. No sería improbable que hubiesen visitado la Tierra, pero es majadería atribuirles la creación de Tiwanaku cuando el gran centro milenario arqueológico proclama por si mismo su origen oriundo, su naturaleza eminentemente

telúrica, cuando sus ruinas delatan un saber ancestral como brotado del suelo misterioso y primordial.

La mayoría de esos ilustres elucubradores no conoce Tiwanaku. Repiten lo que exageraron los cronistas coloniales o aquello que con lente de aumento propalan historiadores y viajeros modernos. Creen que la Puerta del Sol es grande como una catedral. A la colina de Akapana le conceden magnitudes desmesuradas. Olvidando que ninguna fábrica humana resiste el paso del tiempo, le atribuyen cien milenios de existencia. Ven escafandras de astronautas donde sólo hay máscaras totémicas. Y aunque nada habla de visitas siderales creen resolver su enigma transportándolo a los astros.

Tiwanaku es obra de los Hijos de la Tierra. No de seres extraterrestres, no de gigantes, ni siquiera de hombres de elevada estatura; mas bien de esos hombrecitos de piernas cortas y talla menor que podían cruzar erguidos por la Puerta del Sol (originariamente la Puerta de la Tierra), o habitar en pequeños recintos semisubterráneos.

Tiempo y mestizaje han acrecido a los habitantes del Ande Boliviano, pero los primitivos altiplánicos fueron como los describe la portada famosa: ágiles, menudos, poseídos de una dinámica interior, de un ansia de dominio del espacio terrestre. Conocieron la ciencia de los astros, pero contemplados desde la tierra. Y si eligieron la piedra para inmortalizar sus actos es porque sabían que la Magna Tierra, la Jacha-Pacha-Mama del ancestro, es cuna, sepulcro y centro de toda sabiduría.

Los monolitos — más que la enigmática procesión de figuras de la Puerta del Sol— guardan la clave del ser y del hacer tiwanakenses.

En la estatuaria monolítica el hombre petrifica sus hazañas, la piedra se humaniza. ¿Reyes, sacerdotes, guerreros, legisladores, hierofantes del misterio? Nadie lo sabe. El monolito proclama: "soy de aquí, aquí perduro, enigma y clave del enigma a la vez".

Nada en la insólita figura pétrea habla de vuelos siderales ni de irradiaciones hacia la lejanía. Mas bien de un designio cosmocéntrico que todo lo amarra a la materna tierra y al paraje sustancial.

Oscuros, impávidos, adustos como la montaña que los vió nacer, su presencia diurna y animada se convirtió en nocturna inmovilidad. Silencio y soledad los habitan, y sin embargo un habla escondida duerme en sus líneas geométricas y hace vibrar los trazos jeroglíficos que pueblan su dura superficie.

Si en la Puerta del Sol y en el dorso del Monolito "Bennet" o Ídolo "Pacha-mama", se repiten los encuadres astronómicos, es disparate pensar en un supuesto calendario venusino, cuando todo dimana de un superior conocimiento de los astros en función de la armonía terrestre. Calendario telúrico, puede ser, para uso y guía de los andinos primitivos, que trajeron el cielo a la tierra sin renegar de la morada original.

Los Monolitos se yerguen como enraizados en el suelo. No hablan de un transporte ni de una caída milagrosa Se alzan en augusta verticalidad hacia las estrellas mas no requieren del celeste movimiento; mas bien lo observan y regulan para provecho del pueblo que supo amarrar el sol a la piedra y descifrar los ciclos terrestres por el transcurso de los astros.

La filosofía geognóstica de los constructores de Tiwanaku, que abarca en síntesis genial a hombres y animales del ámbito remoto, trasunta en el Monolito el genio de la tierra y su mandato: "serás hijo de tu suelo, padre de tu morada, y poder alguno podrá sustraerte al designio inmemorial de tus orígenes.

Precisamente porque fueron pequeños de estatura física, los tiwanakus se representaron grandes en su estatura hierática y solemne.

Deidad o figura humana hiperidealizada, el Monolito rige el paisaje andino con gravedad de monte. Su magia geocéntrica lo atrae y refiere todo al poder simbiótico de hombre y tierra cuando la tierra y el hombre se transfunden en cálida armonía.

Pregunta al Monolito. Te dirá: mira donde pisas.

La arquitectura tiwanaku, de estilo ortogonal, brota de la geometría natural del paisaje montuoso. El ángulo recto y la forma trapezoidal predominan en esfuerzo genial por contrarrestar las aristas ásperas y agudas de la Cordillera.

Ídolo o estatua, la figura monolítica no representa al Enviado del Cielo sino al Señor del Suelo; y así como el monte rige el paisaje con su masa imponente, el Monolito atrae a su contorno gentes con su presencia rígida y dominante. Los vasos ceremoniales que sostiene, no dan tributo al firmamento sino a la Gran Madre Tierra que sustentó la alta cultura andina.

Tocante a las representaciones de animales. El pez surge del lago Titikaka, el puma y la serpiente de la fauna andina, el cóndor de la región aérea superior del planeta. Todos son lugareños, no transplantados. Son manifestaciones lógicas del ambiente geográfico y así son representados, como brotando de su ámbito connatural.

Como los antiguos egipcios los tiwanakus padecen ansia de eternidad. Permanencia, resistencia, guían su obrar. Quieren dejar, para siempre, testimonio de su paso y de su hacer. Eligen la piedra y la roca para eternizar su tránsito terreno. Ríen poco, meditan mucho. Es el suyo un arte grave, profundo, que trasciende la inmanencia de los montes y la majestad del suelo. El maravilloso pulimento de sus bloques líticos, no es simple ejercicio mecánico, sino una sutil sabiduría que transforma las superficies agresivas en suave y armonioso juego táctil.

El mayor Monolito conocido de Tiwanaku —para unos el Ídolo Pacha-mama, para otros el Monolito Bennett — podría ser la efigie de "Pacha", el Dios Cósmico del Ande, el primitivo Señor del Suelo en los tiempos cosmogónicos, cuando antes de alzarse al culto heliolátrico, el andino adoró los montes.

"Pacha", el dios remoto venerado en el Tiempo-Anterior-A-La-Edad Oscura, se convirtió después en la representación femenina de Jacha-Pacha-Mama, la gran madre tierra, pero su impronta viril de fuerza y gravedad, discurre por toda la arquitectura y la estatuaria del Tiwanaku.

Así como el filósofo germano quiere ver en la planta la representación simbólica del universo, podríamos pensar que el Monolito es la manifestación arquetipal del poder telúrico que auna tierra y hombre en ínsita armonía.

Si el monte domina o sugiere la idea del dominio del tiempo, el Monolito pretende señorear el espacio. Quiere que todo se vuelva y relacione con su figura inmóvil.

Cuando el tiwanaku sueña con el vuelo, esculpe al cóndor, mensajero del sol y portador de los muertos. Mas su afán de eternidad, su augusta concepción de la inteligencia ordenadora, los representa en el arte ortogonal y en la estatuaria pétrea.

El Monolito no irradia influjos diurnos a la periferia. Quiere más bien captar los rayos nocturnos del paisaje y del quehacer humano para fijarlos en su propio centro y poderío.

El Monolito es el hombre tiwanakense idealizado a la divinidad, al mando supremo, a la exaltación del poder constructor del ser andino.

Frente a las incitaciones del medio geográfico hostil que le exigía esfuerzo y constancia, heredero de viejas civilizaciones agrarias, guerreras y esotéricas que poseyeron sentido mágico de la naturaleza y sus fenómenos, el hombre de Tiwanaku se hizo duro como la andesita y el basalto, sutil como el aire frío que baja de las cumbres, soberbio y cerrado en sí como los montes inmemoriales que circundaban su morada.

¿Quién sabe los secretos que ocultan los nevados? Nadie conoce tampoco los enigmas sepultados en las piedras del Tiwanaku legendario e histórico a la vez.

El signo "Cielo" figura en las representaciones simbolográficas de Tiwanaku, pero el signo "Tierra" aparece con mayor peso y poder de convicción.

Y es que para los primitivos andinos fué ley de vida sujetarse al cosmos telúrico antes de alzar los ojos al cosmos sideral.

De polvo térreo y no de fosforescencias celestes somos hechos.

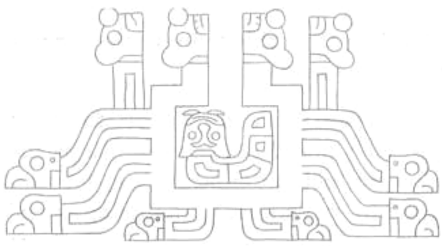
La inmensa pesadumbre de los bloques de Puma-Punko habla de una raza nocturna que surgió de la sombra y en la sombra se envolvió.

No fueron traídos de parte alguna porque ya estaban.

Y en esta hora de descreimientos sucesivos, cuando el hombre niega todo lo que toca, negándose a sí mismo, buscando puerilmente soluciones extraterrestres para explicar su pasado e iluminar su porvenir, los constructores de Tiwanaku atestiguan virilmente que los Hijos de la Tierra se bastan para erigir sus proezas o esconder sus enigmas.

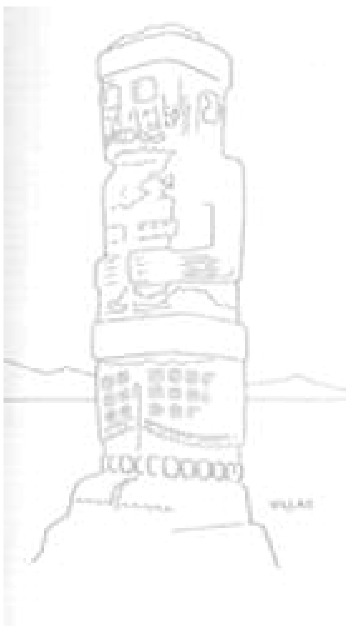
Ni mente ni mano ajena edificaron Tiwanaku. El soplo indio y el poder andino, brotados del suelo sempiterno, hicieron posible esta fábrica de grandeza y maravilla inusitadas.

Tiwanaku es la tierra hecha hombre, y el hombre que regresa a la tierra después de haber dejado huella portentosa de su tránsito telúrico.



TERCERA MEDITACIÓN:

CLAVES METAFÍSICAS



Para una comprensión del sentido oculto y del simbolismo telúrico del primitivo hombre americano del sur, hay que absorber energías vectoras que la piedra encantada por el habitante convirtió en mensajes esotéricos.

¿Cuáles son el sentido escondido y el simbolismo mágico del Monolito, ídolo magno de la urbe remotísima? ¿Y qué representa el majestuoso bloque lítico de asperón?

Un crítico occidental diría que se trata sólo de una estatua brotada de una cultura pre-histórica.

Pero entendámonos: la estatuaria de Oriente y Occidente ama y perfecciona la representación de la figura humana; el reino de la curvatura la domina: blandas curvas, arcos suaves, lo que tiende a redondearse. El "antropos" es su canon. Aun en el tremendo Miguel Angel de trazos masculinos, hay un fondo subyacente de escondida femineidad. Manifiesta un arquetipo de verdad —bello o feo— que se refiere directamente en lengua apolínea o en disforme imagen a la realidad esencial y a las variaciones plásticas del ser humano. Imita, aumenta, aminora, distorsiona, saca una realidad oculta del bloque apariencial, pero siempre se liga al patrón inalterado del bulto somático. Es el hombre que somete al mármol, la piedra, el bronce a su natural conformación.

La escultura tiwanakense, en contraste, evidencia un tipo de representación pétrea que se encuentra únicamente en los atlantes de Tula y en los monolitos de Tiwanaku.

Existe una diferencia abismal entre las líneas curvas y ondulantes de la escultura occidental, y la estatuaria rígida, geométrica, severa y hermética de los Kollas milenarios, herederos de los Antis primordiales y de otras razas extinguidas. Lineamiento austero, helado, que rechaza la fácil expresión. Estas líneas rotundas de afirmación decisiva, hablan de un arte nocturno. No aspiran a la libertad sino a la voluntaria concentración de energías. No busca expresar la belleza, mas sí el misterio. Aparenta duro, esquinado, áspero, tal vez monótono, y sin embargo nació con pulida y finísima superficie. Sustituye la composición ondulada por la composición planimétrica. El monolito parece cerrado en sí mismo: es arquitectura hacia adentro. Infunde asombro, llama a meditación. Para el sentimiento estético de la belleza formal como la entendía la escultura griega, más bien rechaza. Y es que el monolito de textura chtónica no canta la hermosura de las formas, expresa la sugestión sombría de lo irrevelado. Habla de un sistema de ideas que trasciende lo plástico y apunta a la abstracción metafísica. Quiere señorear el cosmos, no sólo la figura humana.

¿Por qué se visualizan tan distintas la escultura de Occidente y la estatuaria de Tiwanaku?

Porque la primera se ocupa del hombre somático, la segunda del hombre como espíritu. Los griegos buscaron afanosamente la cuadratura del círculo y no la alcanzaron porque se orientaban hacia la solución geométrica, cosa imposible. En el Monolito se inserta el problema: no es que el círculo pueda reducirse a configuraciones cuadradas ni que el cuadrado se redondee. Visualmente, geométricamente no puede suceder. Pero existe la posibilidad de un avizoramiento metafísico, o sea buscando la significación esotérica y simbólica del Ídolo Magno de Tiwanaku. Veamos cómo.

Todo en el Monolito del Ande Boliviano es cuadratura. Se organiza dentro del sistema ortogonal: manda el ángulo recto. La estatua revela la magia perfecta del rectángulo y del cuadrado. Predominan las líneas rectas. Cabeza y ojos son cuadrados. Manos y vasos votivos también. El torso, un cuadrado alongado. El plinto que sostiene la figura pétrea, es un rectángulo. Ahora bien: en el ángulo recto, una línea, la inferior, apunta a la tierra; la otra, que se eleva verticalmente tiende a los cielos. O sea la vinculación ajustada de la fuerza telúrica y la energía cósmica. El Monolito, entonces, sería la representación del orden universal que conjunciona lo terrestre con lo sidéreo. ¿Y cómo se presencializa lo circular en la figura misteriosa? El círculo es la mente humana que envuelve, ciñe y da sentido a todos los fenómenos de la naturaleza, la visible y la invisible. Así el Monolito Magno que en apariencia es

sólo un compacto-geométrico de admirable regularidad conformativa, subyacentemente oculta —o sugiere — el movimiento circular del ritmo universal que se impulsa por la polaridad Tierra-Cielo y por la oposición Cuadrado-Círculo, sólo capturables por el hombre en su dimensión integradora.

La mente occidental, lógica y precisa, habituada a la armoniosa representación antropomórfica, no alcanza la sabiduría arquitectónica del andino primitivo, esos kollas — herederos de culturas antiquísimas: atlantes, lemures, gondwanes, gente de MU, antis — que más que la línea visible de las formas en movimiento intentaron representar el invisible contorno inmutable, lo severo y escondido que buscan petrificar en ritmos rígidos como si un sistema sigiloso ordenara la comprensión solemne del cosmos. El Ídolo Magno expresa, pues, el orden misterioso de la unidad del universo, a pesar de la diversidad y pluralidad de las formas.

Tiwanaku —como Machu-Picchu— es un santuario esotérico, un centro magnético de revelaciones, la voz del Espíritu eternizada en formas líticas. Esa fuerza remota que adormecida en la piedra aguarda ser re-descubierta por el Nuevo Tiempo que se va gestando en los santuarios ocultos del Ande Inmemorial.

Y el Ídolo Magno, el Hierofante Andino, es la llave que permitirá el acceso a esos mundos abolidos del ancestro remotísimo: venerable autoctonía del ser y del pensar que fué más lejos y más hondo que egipcios y sabeos.

¿Puede representarse el ser espiritual? Los antiguos lo creyeron. El Monolito hierático, solemne, es un arca lítica que encierra celosamente sus secretos. Su magia irradiante excede los límites de la mente razonable y apela a la imaginación.

Ocurre que el mármol helénico entrega de golpe su volumen armonioso: lo dice todo al primer golpe de vista. El hombre marmóreo es igual al hombre carnal. Pero el asperón, el basalto y la andesita encierran más arcanos de los que puede visualizar el ojo humano. Expresan un dios, y un hombre, no la deidad antropomórfica a la medida usual, sino la deidad cosmogónica que condensa el proceso de formación, de ordenación y los movimientos cíclicos de la naturaleza terrena y la naturaleza celeste, en forma cifrada y majestuosa. Esquematismo pétreo.

El Monolito se exterioriza lineal, geométrico, adusto y taciturno a la vez. Su irradiación interna es hondamente espacial: no tiene límites. El esoterismo andino quiso representar dentro de la más escueta abstracción, aquello que la inteligencia ordenadora intuye mas difícilmente y capta en su conformación integradora: la conjunción de universo, mundo y poder humano de modelación comprensible. O sea la trinidad indivisible del mundo de arriba, el mundo de abajo y el mundo mental.

Por el día no revela mucho el Ídolo Magno.

Es en la soledad y en la calma de la Noche cuando irradia mayor misterio. Bajo el manto estrellado o a la luz sigilosa de la luna, el gigante pétreo evoca la majestad del Hierofante Andino, del Maestro de Maestros, del Preceptor Escondido, del Guardián Insobornable que inmovilizó en la cárcel lítica la remota sabiduría y las enseñanzas teogónicas de las viejas culturas que poblaron la Cordillera más hermosa del planeta. Y es que el Pasado del Ande, eslabonado en culturas que siguen a culturas, en verdades que se ocultan detrás de otras verdades, ha sido apenas rasgado en la inmensa extensión de su grandeza, casi toda ella todavía sepultada por la Tierra y por el Cielo. Terribles cataclismos esconde el Pasado.

¡Cuánta razón tuvo nuestro Villamil de Rada al hablar de un Oriente Andino anterior al Oriente clásico de africanos y de asiáticos!

Dicen que un ciclo Solar bajará de las Montañas para proyectar nueva luz sobre la Humanidad.

Lo sabe el Monolito y su presencia preservadora guarda el enigma de los tiempos que vendrán.

Porque el Monolito encarna una ciencia teogónica, la ley, el poder y a un tiempo la regulación de las fuerzas naturales y sociales. Es el punto de enlace entre la Tierra y el Cielo. Cuando el hombre de Tiwanaku trepaba a una loma y desde ella escrutaba el paisaje, el Ídolo Magno se le aparecía como el Vértice Supremo que amarra lo telúrico y lo cósmico. Las estrellas giran en torno él, los hombres se dispersan y vuelven siempre a su imán anudador de energías y voluntades. Es el que desata las fuerzas hostiles de la naturaleza y el que favorece las cosechas. El que eleva y derriba los destinos. El que fortalece a los pueblos o los sume en nieblas de pesar. Numen tutelar premia y castiga alternativamente.

Un dios, un jefe guerrero, un conductor civil, un sacerdote, un mago se entremezclan bajo sus formas hieráticas.

Es el símbolo excelso del hombre telúrico del Ande, de la raza originaria que brotando del suelo insigne se perfeccionó en la rotación de los siglos.

Desde otro ángulo de perspectiva, el Monolito no obstante su inmovilidad trasunta el ascenso del Espíritu. Resume la clave magnética de voluntades aprisionadas. Abarca la horizontalidad terráquea mediante el estilo ortogonal y se dispara hacia lo alto en la concentrada energía que verticaliza su figura. Es uno y es muchos. Plural y singular. Clave de claves. Simboliza el poder del individuo transmigrado a la piedra y la fuerza telúrica de la piedra humanizada por las edades.

Los magos del Tiwanaku sintetizaron en su estatuaria impávida la sapiencia sidérea y solar combinada con las antiquísimas sofías del alma individual que esculpe en la fábrica terrestre.

Nada de trasplantes extraterrestres ni de milagrerías: mas bien el lento y seguro proceso de la fibra humana, de la autoctonía primordial, que enaltece a la par el dominio del escenario físico sobre sus criaturas y el señorío de los hombres sobre su medio geográfico.

Suprema simbiosis: la Tierra que hace al Hombre, el Hombre que bautiza y perfecciona la Tierra.

Nada muere, nada se detiene. Porque aun lo que aparenta quietud concentra sus revoluciones interiores. Y aun las dos fajas anillantes de la testa y el tronco del Ídolo Magno, que parecen cerrar o terminar el ciclo pétreo, podrían desplegarse si se alcanza a percibir las misteriosas vibraciones que laten en sentido contrapuesto: todo se cierra, abierto está todo. Arraigo y vuelo a la vez. Y el tránsito vertiginoso de la mente es la flecha voladora que traspasa los arcanos de la piedra inmóvil.

El modelado geométrico, y simétrico de la estatua es el velo que encubre la ciencia oculta de los visionarios del Tiwanaku. Todo comprimido, resumido, en trazos y medidas que evocan la certeza matemática del rigorismo pitagórico; y sin embargo una latencia de orden abierto que parece dilatar los horizontes advirtiendo que detrás de cada línea hay otras líneas invisibles, inéditos enigmas, mundos irrevelados que el hierofante andino presiente mas no puede transmitir porque está prohibido difundirlos.

Esas manos que se aferran a los vasos votivos ligan los dos poderes de la "Tellus" materna y del "Uranus" estrellado, en el sentido de la mitología clásica, que yo revierto al orbe andino en la oposición-conciliadora de "Pacha", el dios telúrico, y la "Pajsi-Mama", la Madre Luna que trasciende los fenómenos inabarcables del mundo sideral.

Un indio viejísimo me dijo que el Ídolo Magno sabe más cosas que pináculos de nieve tiene la Gran Cordillera.

—Los hombres de hoy no saben mirar —añadió— no saben pensar. Ven ligero, pasan con rapidez, su pensamiento inquieto no ahonda, resbala sobre la superficie de las cosas. El Monolito, para ellos, es sólo un bulto. Ignoran que de un largo y constante mirar, de la paciente y tenaz reflexión, brotan las perdidas enseñanzas. Este sabe muchas cosas que

desaparecieron, sabe también muchas otras que vendrán más tarde. Si los hombres de hoy supieran hablar con la piedra y la montaña como lo sabían los antiguos, ascenderían por la escala de las remotas verdades, porque piedra y montaña son los "achachilas", los abuelos de las edades que guardan y transmiten la ciencia secreta de los magos del Tiwanaku.

Se olvida una de las leyendas primordiales de la Ciudad-Santuario. Dicen que sus primeros pobladores fueron gigantes que pecaron y castigados por el dios Telúrico, un día remanecieron convertidos en ídolos de piedra. Los Monolitos, refiere la tradición, son esos gigantes petrificados en el tiempo cosmogónico.

El andino unió pues el mito con la historia.

El Monolito fué para ellos dios y hombre a la par. La raza original y la savia que rejuvenece las viejas estirpes sobrevivientes. Hay quienes encuentran dura, hostil, de helada crueldad la faz sombría del Ídolo Magno. Esos no saben ver, no saben comprender. Nunca la verdad fué bella y placentera. Más se embosca en rasgos de incertidumbre y de amargura. Y este rostro aun indescifrado que esconde la sabiduría más remota, enmascara el tránsito de un soma y un espíritu más profundos tal vez que aquellos que erigieron los templos-hablantes de Abydos y Karnak.

Todo está vivo. Todo animado. El alma trasciende a la materia, la materia atestigua las proezas del alma. La piedra inmóvil del Tiwanaku refiere tanto —o más— que los alfabetos jeroglíficos y los ideogramas del Oriente clásico.

La figura soberbia, hermética y huraña del Monolito da una sensación de soledad, de lejanía. El Misterio la ciñe y se niega a revelar sus secretos. Para el antiguo andino fué suprema expresión de poderío y de sapiencia espiritual. Está renaciendo siempre en el corazón y en la mente del indio, del soñador, del vidente y de los maestros del perfeccionamiento interior. Aunque lo ignoremos es el compañero próximo que atisba nuestros sufrimientos, la impotencia que domina a las gentes del Ciclo Lunar cercano a su extinción.

Y así como el anterior Ciclo Solar brotó de las azules aguas del Titikaka legendario, el nuevo mensaje heliolátrico resurgirá anunciado por una estrella invisible de cinco puntas que conformarán la Peña de Itikaka en el Mar Interior y las cumbres cimeras de la Gran cordillera que se nombran: Illimani, Huayna-Potosí, Illampu, Sajama y que forman el triángulo sagrado que guarda los enigmas de las remotas teofanías andinas.

Porque Tiwanaku, sus monumentos pétreos, la meseta altiplánica, el Lago Sagrado y las Dos Cordilleras que custodian el Ande Boliviano están destinados: son centros magnéticos de revelación, moradas ocultas detrás de las visibles apariencias, biblias telúricas que transmutarán las verdades más antiguas en normas más jóvenes y frescas anunciadoras de una humanidad mejor.

Entonces volverán los “Apus", los Antiguos Señores del paisaje andino, seres míticos que alientan la marcha de los hombres. Y vendrá el Tiempo Nuevo —tiempo viejo a la vez del mito renacido y de las remotas sabidurías— bajo el signo conjuncional del Sol y de la Tierra que la Mente renovada y superada de las nuevas criaturas sabrá utilizar y honrar mejor que las gentes del Ciclo Lunar apocalíptico, tenebroso, dentro del cual hoy nos movemos.

Todo el Pasado y el Nuevo Tiempo están insertos en el Ídolo Magno de Tiwanaku.

Hay tres anillos que aprisionan al Monolito: uno como turbante lítico que ciñe sus sienes, otro que lo forman las manos y brazos ceñidos al cuerpo, y el tercero que une las piernas con el tronco. Si se descifra la relación oscura de esos tres anillos, se habrá levantado la punta del velo iniciático de Tiwanaku.

Hay otra clave de interpretación. Aunque firmemente arraigado al suelo y al basamento pétreo que lo sustenta, el Ídolo Magno levanta mirada y pensamiento del contemplador al cielo. Se amarra a lo terreno y finge querer dispararse a lo sideral. El Rey-Sacerdote o el Hierofante Andino —ambas representaciones son permisibles en la figura lítica— son el nexo primordial

para aproximarse al enigma de las apartadísimas culturas telúricas que el Monolito expresa y resume en magistral ciencia escultórica.

La Cabeza Gigante de otro monolito cuyo cuerpo aun no se ha encontrado y que posiblemente fué semejante al Ídolo Magno, cuya imagen he reproducido como portada de mi libro "La Teogonía Andina", en mejor estado de conservación que la testa del Ídolo Magno, permite apreciar con mayor claridad la augusta expresión de la cabeza monolítica. Los grandes ojos cuadrados vuelan; lo han visto todo: se abren a lo térreo, a lo celeste, al hombre y a su mente. Nariz y boca rectangulares acusan firmeza y poderío. Dos finos filetes pétreos encuadran el rostro formidable. Un solideo imperial, alto y recubierto de signos y glifos acrecienta la grandeza de la testa. Y son tales la majestad y la sublime serenidad de este rostro que merece un estudio profundo: la fisonomía esculpida despertará el mundo inanimado.

Ídolo Magno del Tiwanaku. Eso que se anuncia sin palabras, en formas y líneas herméticas, con ritmo lentísimo y oculto. Cielo y suelo en rotación musical. El hombre que transforma su mente con las mutaciones de la Naturaleza.

Porque el Monolito es también ese Hilo de Oro que cose Pasado, Presente y Futuro. Signo infinito de los finitos tiempos y culturas. Clave del Hombre y su Destino.

Múltiples son los caminos que conducen al bosque sin lindes del esoterismo andino. Y el simbolismo mágico del Tiwanaku telúrico sugiere el idealismo trascendental de Schelling, aquel que vió y pensó más hondo en la mentalidad occidental:

"La naturaleza es el espíritu visible; el espíritu, la naturaleza invisible."

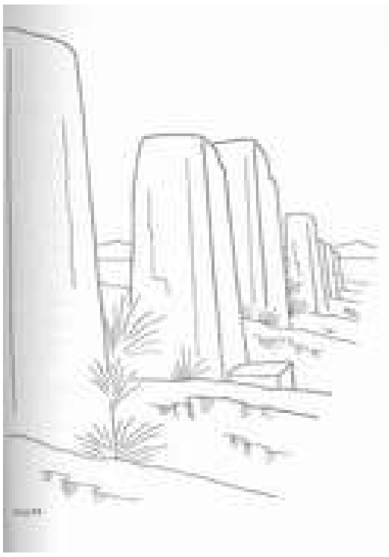
Existe un mundo integral donde confluyen y se interpenetran recíprocamente el cosmos y la criatura humana. Es el universo resumiéndose y resumido en un individuo, en un alma, en una estatua. El meditador de Sils Maria afirma que el hombre es una piedra involucionada a través de las formas intermedias de las floras y las faunas. Y la piedra labrada por el artificio humano, que trata de eternizar una cultura ¿no puede reencarnar a través de las edades un sistema de ideas y conceptos ancestrales?

El Ídolo Magno del Tiwanaku sapientísimo, esconde un alfabeto estatuario y jeroglífico que nadie ha descifrado, aunque abunden hipótesis y teorías.

Yo solo diré que el Monolito, forma cifrada del culto iniciático a la. Deidad Telúrica, es el Guardián del Misterio.

CUARTA MEDITACIÓN:

LOS GEÓMETRAS DE TIWANAKU



Esos hombrecitos de piernas cortas y brazos ágiles que parecen correr hacia el horizonte. Enmascarados. Ellos guardan la clave del enigma.

Es en la Puerta del Sol —sería más apropiado llamarla Puerta de la Tierra o Puerta del Misterio— donde se concentra el habla lítica de la ciudad enigmática. Es en Tiwanaku, la metrópoli legendaria de los ando-bolivianos, a 3800 metros sobre el nivel del mar. En el inmenso bloque pétreo los antiguos grabaron su mensaje —todavía indescifrado— y se pintaron a sí mismos: pequeños, enérgicos, siempre en movimiento, ocultando las caras broncíneas dentro de la máscara totémica.

Corren en torno a la ciudad famosa, a la portada estupenda, y a sus constructores, versiones tantas que es casi imposible precisar quienes acertaron y cuáles divagaron a su antojo. Se refiere que las edificaron razas desconocidas, ya extinguidas —lemures, atlantes, gentes de MU, gondwanes— o bien los proto-kollas, los aimáras antecesores de los incas. Otros estiman que se trataba de una raza que desapareció en el tiempo sin dejar rasgos somáticos o psicológicos cabales.

Nada se ha probado en el plano científico donde abundan hipótesis, teorías. Se ignora quienes fueron sus fundadores y cuántas veces fué fundada y reconstruída Tiwanaku. Frente a la portada monolítica de la llamada Puerta del Sol, se pierden por igual el investigador sesudo y el poeta soñador. Monumento religioso para unos, es sólo una estela guerrera para otros. Sería un recordatorio de ritos agrarios. Un calendario sideral alusivo a conocimientos astronómicos. O el portal del dios Wirakocha. Más allá, todavía, la cosmo-magia de los pueblos telúricos que eternizó en la dura andesita el encuentro y la simbiosis perfecta de hombre, animal y naturaleza. Tal vez la representación antropomórfica de Pacha, el Dios Cósmico del Ande, la deidad más remota de la primitividad americana. Nadie sabe, en verdad, quien es el misterioso personaje central de la portada monolítica que empuña cetros de mando o estólicas de combate, ni pueden situar en el tiempo histórico las figuras que le rinden tributo y convergen hacia él.

Mayor, aún, el arcano de los Monolitos: dioses, reyes-sacerdotes, magos enigmáticos, caudillos mili tares, amautas del poder civil, representaciones trascendentes de las fuerzas naturales.

Nadie sabe quienes fueron los tiwanakus. Se ignora su ciencia militar, su organización civil, su religión, sus ritos agrarios, sus sistemas sociales, su sentido de arte y de la vida. Una inteligencia superior se desprende de sus construcciones pétreas, de sus esculturas hieráticas, de las figuras y los símbolos ideográficos que ornamentan portadas y monolitos. Esa civilización cerrada en su propio saber se enterró con sus claves orientadoras y sólo nos dejó el enigma de su tránsito terreno.

Es lógico que arqueólogos y científicos interroguen a las ruinas, a la materia inerte que aun mutilada refiere vestigios del pasado. ¿Pero se ha meditado lo suficiente sobre esos hombrecitos que corren —acaso alados— por la Puerta del Sol?

Así como es un error pensar que Bach compuso el Arte de la Fuga sólo como una especulación didáctica, acerca de la teoría del contrapunto, en un magistral alarde de voces superpuestas persiguiendo únicamente la exposición abstracta de un sistema constructivo, y negando la magia espiritual que flota detrás del intelecto que organiza la materia musical; esa profundidad subyacente, cálida, inspirada que se entrega lentamente, difícilmente, porque acaso el gran compositor quería esconder el sentimiento y la belleza de su último mensaje debajo del orden frío, riguroso de sus catedrales técnicas; en modo semejante se diría que el genio colectivo de los tiwanakus escondido en el orden grandioso, estático y abstracto de su arquitectura y de su estatuaria, en la severidad geométrica de sus figuras y sus trazos ornamentales, en el cerebralismo ajustado de monumentos y monolitos, una sabiduría profunda del encuentro y del concierto de hombre y naturaleza, al tiempo que un sentimiento sofrenada de las ternuras del vivir y la gracia del pensar. Poetas que se elevaron a magos, a geómetras, a duros guardadores del enigma cósmico. Pueblo crepuscular, viejísimo de saberes y técnicas

añejos, hundió en la piedra su voluntad de creación y estilizó en formas simbólicas su delicado sentido de la línea.

Y es que Bach como los geómetras del Tiwanaku esculpían en bloques gigantescos, con sentido matemático de las proporciones: nada de más, nada de menos. Orquestación y arquitectura se manifiestan por la grandiosidad monótona de un hermetismo apariencial que entrega difícilmente su secreto porque su potencia lírica, recogida y refrenada, vibra como encapsulada en rígidos cánones normales. Síntesis expresivas de un tecnicismo magistral, árido, cerebral, la fuga de Bach o el monolito tiwanakense se sumergen en el mundo sonante y en piedra con oculta energía de concentración. Son. Viven desinteresados de toda trascendida explicación.

—Una inmensa mole misteriosa y oscura, que niega toda vía de acceso a cuantos quieran penetrar en ella para violar su secreto — dice un crítico del Arte de la Fuga.

Exactamente lo que se puede aplicar al monumento o al monolito de Tiwanaku: mundos cerrados en si, herméticos, nocturnos, que rechazan todo acceso a su interior revelación. Y sin embargo hay o debe haber un desfiladero que conduzca al núcleo espiritual del contrapunto y al centro irradiante del estilo ortogonal que configura toda la plástica tiwanakense. Supremo intelectualismo: de tanto saber parecen no decir nada. Y esa fría voluntad de rigor que eslabona las formas constructivas embosca, en el fondo, un sentimiento dominado, una tensión dominante de pureza estilística.

Bach y el Tiwanaku, separados por miles de años en el tiempo, son expresiones cimeras del arte nocturno y sugestivo en que cuajan las culturas crepusculares. Habla sapientísima: se la intuye más que se la entiende.

Pero si el hombre de Eisenach posee los grandes registros corales, las cantatas, misas, oratorios y "Pasiones" para devolvernos a Dios, a la cercanía humana, a la fina belleza auditiva de sus composiciones inmortales, el ingeniero-geómetra de Tiwanaku no dejó literatura escrita, himnos, poesía litúrgica ni voces que expliciten los arcanos de la ciudad y del pueblo legendarios.

Ciertamente: el hombre Bach esta más cerca de nosotros en el tiempo y en la sensibilidad artística que el hombre de Tiwanaku.

Y si el Arte de la Fuga puede sufrir el asedio de la inteligencia indagadora y el acoso de la sensibilidad interrogante, devolviendo atisbos de comprensión al que pregunta, el arte monumental de la metrópoli pre-andina guarda celosamente sus secretos. Hermética y esfíngica la Puerta de la Tierra. Apenas en marco sibilino la Puerta de la Luna. Devastado el armonioso recinto de Kalasasaya. Dislocados y dispersos los bloques imponentes de Puma-Punko. Figuras, glifos, ideogramas como si provinieran de otro planeta: nadie los entiende. Y al cabo el Monolito, cifra y resumen de la civilización desaparecida, concentra en su estatuaria rígida la filosofía geognóstica del andino. Porque fueron hijos de la Tierra, adoradores de la montaña, y un animismo trascendental los mantuvo unidos a la deidad que les daba vida y a la naturaleza que resistía su dominio.

Si bien se mira las piedras, las, figuras, los trazos geométrico s del Tiwanaku hablan de un pueblo geólatra, zoólatra, astrólatra a un tiempo mismo. Eran pan-animistas y para ellos todo tuvo presencia, mensaje y sentido.

De tanto saber, de sentir tan hondo y vario, acabaron en hierofantes de la economía excesiva —señala un pensador. Tan lejos fueron estos seres en ciencia constructiva que nadie los superó en la técnica primitiva ni en majestad simétrica de las formas.

(Sólo que no eran primitivos, sino más bien artífices de los milenios, clausuradores de viejísimas sapiencias; en realidad el pueblo agonista que luchó hasta el último día por salvar su existencia y su cultura. Tiwanaku es, todavía, un vasto taller abandonado).

Un sabio ruso y otro francés, sorprendidos por el arcano de esta alta civilización perdida en la Gran Cordillera de los Andes (el Ande Boliviano), han formulado una teoría fantástica: fueron habitantes llegados de otros planetas en naves espaciales y desaparecieron

después por guerras, catástrofes geológicas o inadaptación al medio. Teoría endeble que no resiste el menor análisis.

La ciudad-santuario, fortaleza y centro metropolitano a la vez que levantaron proto-kollas, antis o sus antecesores, fué obra de seres terráqueos. Basta ver los puntos de contacto con los monolitos toltecas de Tula, en México; con la arquitectura monumental, rígida, de precisión abstracta de los egipcios; con la pesantez de los volúmenes y el geometrismo riguroso de que hicieron alarde culturas remotas. También los templetes subterráneos hablan de ritos funerarios, de un culto esotérico que linda con las divinidades chtónicas de la Grecia matinal.

Fundó y reedificó Tiwanaku —por lo demás no una sino varias ciudades superpuestas al extremó que los arqueólogos señalan cuatro y cinco periodos sucesivos con características distintas —una raza de agricultores, guerreros y artistas que poseyó profundos conocimientos astronómicos, de ingeniería civil, organización social; que irradió su energía conceptora por toda la extensión altiplánica extendiéndose al Perú, al Ecuador, al norte de Chile y la Argentina y aun a las zonas de la amazonía boliviano-brasilera.

En El Tambillo, una colina situada a pocos kilómetros de Tiwanaku se divisa un paisaje lunar, escueto y agrietado. Al fondo la Gran Cordillera, festoneada por nevados colosales. La llanura seca y dura, con zanjones y pequeños cráteres. Acaso la auténtica ciudad-santuario se escondía detrás de la serranía de Achuta y era a un centro místico apartado de la metrópoli civil.

Magia del Kollao. Nubes de maravilla, de blancura deslumbrante, sobre montañas azules que se hunden en el horizonte. Sopla el viento punero sin descanso. Colinas recostadas en la planicie. Una columnita de polvo anuncia la llegada de un vehículo que parece moverse apenas en la inmensidad de la meseta. El paraje hosco, soledoso. ¿Cómo pudieron levantar una metrópoli simétrica, organizada, monumental los geómetras del Tiwanaku en estos parajes si no hostiles poco atrayentes? Verdad que algunos estudiosos piensan ella fué ribereña del Lago Titikaka y en su tiempo tuvo puerto y estaba rodeada por las aguas.

Posnansky —padre y precursor en los estudios tiwanakenses— opina que el clima en la ciudad milenaria fué muy distinto del actual, y atribuye a una remoción del cíngulo climatérico la actual conformación inhóspita del paisaje. ¿Lamían las aguas del Lago Sagrado los muelles de Tiwanaku? Hoy, situada a corta distancia del Titikaka, la ciudad misteriosa es el punto de amarre para un triángulo geográfico diseñado por las tres grandes cumbres del Illampu, del Wayna-Potosí y del Illimani. ¿Tuvo móviles iniciáticos para el hierofante andino, la fundación de la metrópoli de altura?

De la cima de Akapana, colina artificial, se abarca el yacimiento arqueológico que hoy tiene algo más de 20 hectáreas. No es mucho lo que se puede avizorar porque —es preciso repetirlo— la mayor parte de las ruinas se halla aun sepultada.

Lo más grandioso, con carga de pesadumbre y de misterio, son los bloques colosales de Puma-Punko, moles increíbles que no se explica cómo pudieron mover los pequeños pobladores del recinto legendario.

Los abundantes restos de puntas de flecha hablan de numerosísimos combates. Parece absurda la tesis de que hombres gigantes, desaforados erigieron la ciudad famosa y que, desaparecidos ellos, una raza posterior de seres de menos estatura talló la piedra *y* esculpió los monolitos. Ciudad y moradores fueron uno. Acaso la modesta dimensión somática los proyectaba a reacciones desmedidas: quisieron ser por encima de sí mismos. La masa humana sometida al genio del arquitecto conceptor.

A nosotros, modernos, atormentados por la velocidad y el cambio se nos escapa la relación oculta de hombre y masa en el pasado andino. Para ellos, acosados por la dinámica transformadora de la naturaleza, contra la cual se organizaron lentos y tranquilos, arquitectura y escultura fueron como escudos protectores contra los peligros del cosmos mudable, agresivo, que acrecían las guerras y tropelías de los hombres. Templos, fortalezas, palacios en escala

mayor; viviendas individuales reducidas y estrechas. Porque el hombre era menos que su creación. Y sólo al Dios Telúrico, al Rey-Sacerdote o al Gran Guerrero se consagraron monumentos y estatuas imponentes.

Puma-Punko habla de una ciencia lítica que se desvaneció en los siglos, toda ella conformada con admirable sentido de proporción, como tirada a regla, domeñando el espacio con líneas atrevidas, encajadas armoniosamente unas en otras. El espíritu geométrico guiaba a los constructores y regularizaba la vida social. En Tiwanaku todo fué medida, orden, disciplina formal y moral. Si en la naturaleza todo se presentaba grandioso, asimétrico, como desatadas las fuerzas naturaleza, los tiwanakus levantaron su morada con un sentido urbanístico admirable, todo a medida del hombre, en lo monumental y en lo individual, como respuesta sabia del ser vivo a la dinamia de la naturaleza.

Del gran recinto rectangular de Kalasasaya — que pudo ser un Templo Solar como pensaba Posnansky; — de la formidable escalinata pétrea que conduce a su interior; del monolito de la Pacha-Mama; de la maravillosa Puerta del Sol; de los restos titánicos de Puma-Punko; de los Monolitos; y en fin de todas las construcciones tiwanakenses emanan la severa grandiosidad del conjunto, la energía concentrada del técnico y del artesano que domaron la piedra, y tuvieron una percepción sutilísima para convertir lo irregular en lo perfecto. Ese ensamble ajustado entre las piezas líticas, el pulido finísimo de las superficies, la precisión de los ángulos y las aristas, el dibujo limpio en la decoración, ese prodigioso signo escalonado que da vida y como anima toda la estilización geométrica, la alternancia pertinaz del cóndor y del puma, del pez y del guerrero, ese ordenamiento riguroso en la estatuaria y la cerámica hablan de una ciencia recóndita en el dominio de la materia y en el aprovechamiento de las áreas espaciales.

Fueron ciertamente grandes, fuertes, osados por su genio constructor; y simultáneamente, aunque parezca increíble delicados y sutiles en el arte de reproducir la belleza sensible del mundo y de la vida.

Si de la contemplación de las ruinas se pasa al estudio de los ceramios tiwanakenses, se adquiere la sospecha que ignoraron el contrapunto constructivo del gótico tardío, la magia plural de los estilos primitivos, aquellos refinamientos expresivos de las sociedades largamente ejercitadas en la reproducción dibujística, pero sin embargo tuvieron comprensión innata del modo cómo se organizan los volúmenes en el espacio, intuición de la línea en función constructiva y decorativa, adopción del régimen cuadrangular antes que los deliquios del círculo. Y tal vez — nuevamente la aproximación a Bach — un dominio espantable de la construcción múltiple, de la estilización alada, del juego y contrajuego de los ritmos lineales, en una suerte de sapiencia de la composición que todo lo formaba y concertaba en esquemas de conjunción y perfección.

Distante de Akapana, lejos de las ruinas, como un huso horizontal que termina en declives piramidales alza un montículo de tierra grande y alongado. Es una formación geológica —dicen los investigadores. Podría ser también, el enterratorio de los emperadores del Tiwanaku— sueñan los poetas.

Los Monolitos resumen y trascienden el arcano de la raza que los levantó. Tallados en basalto, en andesita, en granito, en rocas eruptivas miden dos, cuatro, seis metros de altura. Carecen de la elegancia, de la perfección estilizada de las figuras egipcias, pero por su rigor geométrico o, por su ajustada simetría, por su hondo hieratismo, por la misma simplicidad de sus líneas sorprenden al espectador. Sería, acertado estudiar, profundizar en el monolito Ponce, no tan grande pero mejor conservado que el monolito Bennett, y en dos estatuas de basalto de menores proporciones, una ubicada en el Museo Tiwanaku y otra en el templete al aire libre de Miraflores. Estas tres figuras pueden aproximarnos a un mayor conocimiento del poblador de la metrópoli andina.

—Exageras — manifestó un estudioso. Ni la piedra ni el pasado se humanizan: Déjalos como son: enigmas que pasaron.

¿Cómo hacer entender que en el fulgor del mediodía acosados por los dardos de la luz, por los juegos del aire, por la magia móvil del espacio, los monolitos hablan aunque se niegan

a entregar sus secretos; y en el misterio de las noches salen de sus pétreas envolturas unos hombrecitos ágiles y activos que rememoran la grandeza extinguida?

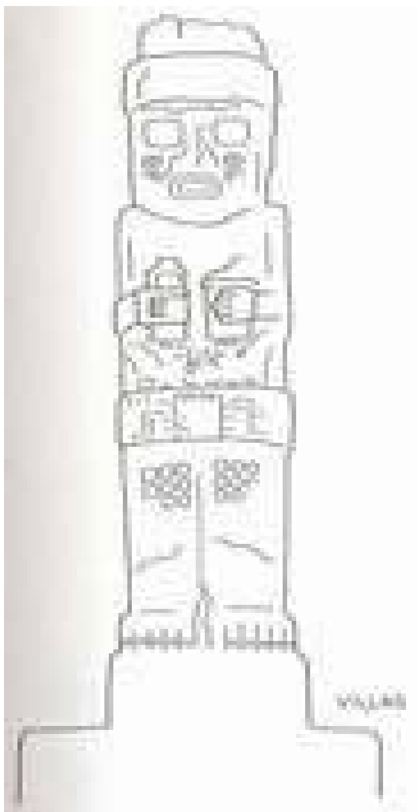
Porque el enigma de Tiwanaku se aproxima al que busca en las estatuas, en la Puerta de la Tierra, en las ruinas inmemoriales. En el contraste entre los altos Monolitos verticales y los hombrecitos que corren hacia el Jefe Enmascarado que los señorea.

Y dicen los geómetras del Tiwanaku que el hombre que fué se refugia en la piedra. Y la piedra podría devolvernos a la proximidad del alejado. Porque la geometría del espíritu y la geometría de la materia corren indivisas. Saber comprenderlas.



QUINTA MEDITACIÓN:

NAYJAMA EL VISIONARIO



Cuando Nayjama llegó al valle de Tiwanaku el sol caía a plomo. Hizo un último esfuerzo, después de la extensa caminata, vencido por el cansancio y sentóse en el suelo apoyando la espalda en uno de los pilares del Templo de Kalasasaya. Allí, cerca, la Puerta del Sol erguía sus glifos indescifrados. Más allá el Monolito llamado "El Fraile" destacaba su silueta pétrea en el azul del cielo.

Rodeado por las piedras inmemoriales se puso a recordar todo lo aprendido en libros y leyendas.

"Tiwanaku" es la metrópoli prehistórica más antigua del continente sur. Se asevera que pasan de 75 sus nombres legendarios. Una tradición inventada por los incas refiere que el Inca Mayta-Kaphaj ordenó "siéntate guanaco" al "chasqui" o mensajero que cubrió las noventa leguas que separan las ruinas del Cuzco. Pueril la leyenda, pues los incas subsistieron varios miles de años después de los tiwanakus.

Entre los nombres principales que tuvo la ciudad milenaria antes de afincarse en la denominación de Tiwanaku, figuran los siguientes; llamóse "Chucara ", la fortaleza más antigua. Se nombró "Taypicala" la piedra de ello medio. Otros creen que fué "Wiñay-Marka" ciudad eterna. Para unos se conoció como "Pueblo del Sol". Para otros "País de los hijos del Puma". Creyóse que respondía al epíteto de "Luz Moribunda" y también al de "Ribera Desecada". La llamaron también "La que englutió pueblos". Versión existe que la califica de "Piedras Paradas". Y otra que habla de los "Sacerdotes que se convirtieron en Piedras". En un tiempo hija de la Montaña, luego del Sol, de la Luna, del Agua. Y al cabo moliendo nombres y significaciones poéticas, aventando hipótesis en síntesis trascendente el culto iniciático del hierofante andino arguye que "Tiwanaku" quiere decir: "Esto es de Dios".

¿Quiénes la edificaron? Si la ciudad megalítica se esconde tras la niebla de los hombres múltiples, la raza que la construyó se hunde en los confines del mito. Afirma una leyenda que fué levantada en una sola noche, mas como sus constructores pecaron, "Wirakocha ", en castigo, hizo que remanecieran trocados en monolitos. Ni aimáras ni quéchuas actuales conocen su origen; tampoco los urus que son los nativos sobrevivientes más viejos. Los sabios hablan de cuatro o cinco períodos culturales: el mítico, el paleo-andino, el clásico y el decadente. Los arqueólogos creen ver el rastro de varias civilizaciones sucesivas, de modo que no hubo un solo Tiwanaku sino tres cuatro o cinco. Investigadores de fuera atribuyen a mayas, nahuas, mongoles y polinesios su existencia. Los autoctonistas dan la paternidad al aimára, al uru, al pre-Kolla. Y hay quienes alegan que los atlantes o los antis la erigieron.

De esa orgía de nombres y de hipótesis nada se ha probado científicamente: todo queda en el reino de la conjetura.

"Tiwanaku" —aunque el mayor— es sólo un centro aislado que sobrevivió casi a ras del suelo, pero existen muchos otros yacimientos arqueológicos sepultados en la soto-tierra y diseminados en el inmenso altiplano. Lo mayor y lo mejor ¿duermen todavía bajo el suelo?

Extenuado por la dura marcha, acosado por el ardor del mediodía, Nayjama sintió que la fatiga lo vencía; se aflojaron los nervios, el cerebro se negó a seguir recordando y hasta le pareció que El Fraile, abandonando su cerca de hierro, se aproximaba a cerrarle piadosamente los ojos con sus manos rígidas...

Cuando Nayjama despertó era ya de noche. Una noche rarísima porque si la oscuridad negaba los colores admitiendo sólo un azul profundo y el fulgor rojizo de las antorchas, seres y objetos tenían su propia luz, un resplandor peculiar; y estaban lejos y próximos a la vez como si el paisaje fuera algo fluído que pusiera sus accidentes al alcance y al capricho de la visión.

A la orilla del Lago Sagrado una ciudad megalítica erguía sus fábricas de piedra. Calles geométricamente trazadas, pirámides cuadradas, palacios, templos, fortalezas y vastas plazas donde se congregaban muchedumbres; todo hablaba de un poderío secular. Pirámides

escalonadas se perdían bajo el enjambre de las estrellas. Colinas artificiales y terrazas cultivadas, canales de perfecta simetría, caminos, puentes atrevidos daban extraño aspecto a la ciudad multiplana que se encuadraba en planos superpuestos. En torno a los Monolitos, esparcidos por todo el paisaje, las multitudes cantaban y hacían ofrenda ritual de llamos blancos. Grandes balsas desembarcaban ejércitos en los muelles y sus capitanes, enmascarados, corrían a rendir homenaje al Rey-Sacerdote empinado en el nocturno trono de oricalco. Gran parte de la población trabajaba febrilmente: se divisaba el movimiento acelerado de millares de brazos; se oía el martilleo de los cinceles tallando los duros bloques de andesita; se escuchaba el clamoreo de jefes y mensajeros organizando la actividad del inmenso taller pétreo.

Nayjama, sorprendido, advirtió que a seres y cosas desfilaban sin moverse ante sus ojos. Era como si su mente se hubiera dividido en dos: una que le permitía abarcar el conjunto panorámico *con* máximo poder de captación; y otra que le acercaba accidentes y detalles por lejanos que estuvieran, como si una rara fuerza de ubicuidad le permitiese estar en todo sin moverse de su sitio. Y vió que las gentes se movían afanadas levantando templos, tallando monolitos, reparando y desviando los canales que surtían de agua a la metrópoli, o se agrupaban en anchas explanadas para las ceremonias rituales, bajo el mando de hábiles ingenieros y diestros mentólatras. Y en vez de una sola Puerta del Sol surgía una espléndida avenida flanqueada de portadas esculpidas que se perdía en el horizonte; y por ella cruzaban los forasteros a la luz de las antorchas, y al ver que el Rey-Sacerdote presidía la escena impasible, cubierto por su máscara simbólica y totémica que nadie pudo revelar, Nayjama sintió un torbellino en su alma: era como si Tiwanaku fuese a descubrirle su enigma:

—¿Quién es, quien es él?— preguntó con un grito de admiración.

Un sacerdote que tenía la misma apariencia, idénticas facciones que El Fraile, un monolito de aire pétreo y apostura humana, aproximósele diciendo:

—¡Calle el intruso! Aquí se mira y se intuye. El sabio reflexiona, el ignorante debe enmudecer. El Rey-Sacerdote no es accesible a los profanos.

Se avergonzó Nayjama. Miró a los ojos del sacerdote y una extraña sapiencia fué invadiendo su espíritu. Y aunque el sacerdote no profirió más palabra, era como si él, Nayjama, lo descubriese todo a través del rayo de luz que fluía de su mirar magnético. Y sintió Nayjama que una verdad oculta circulaba como un torrente por el laberinto de sus venas.

Para entender a los tiwanakus hay que proyectarse en el tiempo: naciones que siguen a naciones, culturas detrás de otras culturas. Lo enigmático, lo arcaico, lo distante...

Lo primero que revelan las ruinas es su mucha antigüedad. Proceden de un saber y un hacer largamente elaborados. No representan un principio civilizador, sino el remate de larguísimas hazañas. Síntesis de síntesis, por eso nadie alcanza su complejidad.

Aunaron los tiwanakus lo monumental con lo, sutil. Si sus conocimientos técnicos denotan una voluntad hercúlea, la cerámica, los glifos, el pulido finísimo de las piedras demuestran el genio alerta, pujante y delicado de una sensibilidad siempre despierta. Su pensar mítico encaja armoniosamente en un representar lógico. Comprendieron la unidad de ritmo de naturaleza y pensamiento. La geometría que es la regulación rigurosa por la cual el hombre ordena la materia, fué su lenguaje expresivo natural: lo representaron todo con precisión geométrica y admirable destreza en el dibujo. Templos y fortalezas, pórticos y monolitos reflejan la idea de fuerza, el sentimiento de eternidad, el ansia de permanencia y lejanía, la voluntad de un mundo organizado. Luego los artistas —escultores, alfareros, pintores — manifestaron la potencia creadora de un alma fundada en el principio de razón. Fueron objetivos y veraces al tiempo que imaginativos de rica fantasía.

Entendieron el mundo en su realidad circular y total, por eso la regla arquitectónica fué su don de creación y representación. Expresaron en teoremas de piedra el ídolo interior. Concibieron las cosas con captación dinámica y sintética: ¡qué movimiento en la rigidez de sus formas lineales, qué vibración lenta y sorda en su mensaje pétreo que todavía no termina de

llegar en plenitud! Y si una abrumadora pesadumbre material se escapa de los bloques inmemoriales, una profunda espiritualidad está guardada en esa red vastísima de símbolos y signos que alivia su arte hermético y difícil.

Fueron los tiwanakus super-animistas: lo animaron y adoraron todo. Geólatras primero, se alzaron después al animal y al astro, convirtiendo la naturaleza física en el concierto de los dioses. Seres telúricos en el sentido hondo del vocablo, proyectaron su vida anímica en el paisaje; latieron con su medio, relacionaron los fenómenos entre sí con intuición cósmica del mundo. ¡Fabulosa embriaguez creadora! Hombres y cosmos, naturaleza y fantasía, religión y política, arte y sociedad fluyen simultáneos. Lo sidéreo y lo terrenal se unifican. Si el cielo estrellado contiene los prototipos del orbe terrestre, también de la Tierra Madre salen soles y astros. Y esa filosofía geognóstica halla su más alta expresión en la montaña y en el signo escalonado que la expresa, porque la montaña liga tierra y cielo, reúne al abismo con la estrella.

Provenían de esas remotas culturas mágicas, agrarias y panteístas en perenne contemplación del universo y sus fenómenos. Las estaciones regulaban la vida civil y el tiempo era emperador de pueblos. Supieron elevarse a una concepción cósmica de la naturaleza en la cual vivían sumergidos. Cada signo, cada línea, cada figura simbolizan una idea del escenario físico. Sus simbolografías son representaciones ideográficas. Concibieron el universo como un vasto sistema de fuerzas ligadas entre sí. Cielo, tierra, subsuelo, hombres, plantas, animales, vientos, ríos, lagos, montes, árboles, piedras formaban parte de un mismo y vastísimo gran sistema de vida, toda consciente y relacionada entre si. ¡Supremo hilozoísmo! Y esta comprensión integral de la naturaleza la manifestaron por el estilo ortogonal — siempre la línea recta— demostrando un avanzado desarrollo intelectual, porque el ortogonal es el arquetipo de la sabiduría.

¿Qué vieron los tiwanakus? Mejor dicho qué no vieron pues lo contemplaron y captaron todo.

La Puerta del Sol, o de la Tierra, o representación de "Pacha" el dios cósmico del Ande, es el testimonio múltiple de las culturas desaparecidas. No es únicamente un calendario solar, un almanaque de piedra labrada, una portada guerrera, un monumento histórico, un lienzo de técnica agraria. Pudo ser todo eso y siempre será algo más: la huella portentosa, la síntesis representativa de un pueblo que cantó en piedra la profunda armonía de su vida religiosa, política y social. Es la total revelación del alma primitiva en su más alto grado de saber y de expresión, cuando el hombre virginal vivía absorto en la naturaleza, en la inalterable juventud del mundo. Es una epifanía de la visión. La imagen de la teogonía sideral, telúrica y totémica del antiguo andino en todo el esplendor de su grandeza. Clave del mundo.

La energía taciturna y solemne de las columnas de Kalasasaya, el soplo pitagórico que avienta la maravillosa simetría de la Puerta del Sol, la pesadumbre agobiadora de los bloques de "Puma-Punco", atestiguan la teurgia sabia, enigmática, abismal de sus creadores. Hubo una remota relación sacerdotal entre el hombre y la piedra.

Tan hondo fueron los tiwanakus en la religión, que se perdieron en ella.

Hay tanto para conjeturar..." ¿No sería la Puerta del Sol mas bien el Portal de Wirakocha? Otros la relacionan con la teogonía solar que se prolongó hasta los incas. ¿O representa al Hombre-Puma sacerdote totémico del Kollao? También podría tratarse de algún Apu-Mallku, divinidad, héroe y caudillo civilizador. Y no falta el poeta para quien el pórtico ilustre sería más bien "Pacha-Punku", la Puerta de la Tierra porque en ella se hace presente todo el Universo. La máscara sagrada y guerrera de la figura central podría ser la representación simbólica de "Pacha ", el dios cósmico del Ande, supremo y ya casi olvidado creador del mundo. El Señor de la Tierra es el principio animador que dió al andino primitivo religión nocturna, telúrica, esotérica.

Se dice que "Pacha-Punko", la puerta de la tierra, es la entrada al universo del antiguo.

Esa figura enigmática que la señorea con mando indescifrable, simboliza la etapa cultural de Tiwanaku. Sus ojos reciben las miradas de todos los seres: penetran y absorben, luego irradian. Sus manos empuñan fieros atributos de poder. Y este pequeño y misterioso ser

cuya identidad no ha sido aún establecida, tuvo en épocas remotísimas mayor autoridad y jerarquía que el Zeus de los helenos, porque era dios, rey, sacerdote, mago, caudillo civil y guerrero a un tiempo mismo. El héroe mítico absorbía y resumía la naturaleza entera.

En el portal perilustre todo se funde, se entremezcla y se organiza en admirable modo, lo mismo la divinidad que los conocimientos geodésicos y astronómicos; tan pronto los símbolos totémicos como las proezas guerreras y políticas; y si el signo escalonado concibe la tierra como un inmenso pedestal tendido en escalones, la svástica expresa la unión indestructible del cielo y suelo. Realidad y fantasía. Todo duerme pero también todo vive y alienta en la Puerta de la Tierra con presencia indestructible. En ella se miraron, se reconocieron los tiwanakus en una suerte de embriaguez panteísta que aunaba lo visible y lo invisible. ¡Todo es! Y sólo penetrando el orden mágico de los signos y sus significaciones, se comprende que este monumento lítico no pudo ser solamente un calendario solar resultante de la, continua observación de la naturaleza y la mecánica celeste, porque su visión integradora abarca en síntesis total el acontecer religioso, político, social y artístico de un pueblo que logró la suprema concepción unificante del antiguo cosmos.

Fueron pues los tiwanakus los Señores Esclarecedores de la morada andina. Y tan alta, tan extensa fué su ciencia, que de lejanas tierras, de islas remotas acudían peregrinos en pos de sabiduría.

"Tiwanaku": aquí la piedra canta. La arquitectura es pura matemática. La línea recta geometriza el mundo. Hombre y piedra conciertan en maravillosa simetría lo fuerte y lo sutil. Se diría estar pisando el umbral de esas culturas nocturnas, arrancadas de los tiempos pre-selenitas primeras en organizar la materia.

Cuando la verdad hubo pasado, Nayjama quiso hablar, pero un mago-sacerdote imponiéndole silencio tomó un poco de arenilla del vaso sagrado que llevaba en la diestra y lo arrojó al aire. El escenario se plegó y desplegó sucesivamente.

Un sordo trueno conmovió el suelo. Se alborotaron las aguas invadiendo la ciudad. Comenzaron a desplomarse los templos. Ya la luz rojiza de pequeños volcanes, las multitudes huían desaladas del terremoto y de la inundación. El Rey-Sacerdote y su cortejo, jerárquico, sin perder su dignidad, sin sacarse siquiera las máscaras totémicas se alejaban hacia una colina próxima revestida de planchas argentadas. Consagraron a la Luna, deidad protectora y luego, inmóviles, impávidos, esperaron su fin hasta que una grieta gigantesca de la tierra se los tragó. En el valle los canteros abandonaban las estatuas y los edificios a medio construir, las mujeres se abrazaban a sus hijos pero amautas, cortesanos y guerreros soportaban estoicamente la catástrofe: muchos desaparecían absorbidos por el torbellino geológico sin proferir un grito. Una inmensa confusión y un vasto clamoreo de las turbas sacudían la noche. El agua batía furiosa contra los pesados cimientos pétreos. El suelo ondulaba tumbando monolitos y tragándose personas. Y los pumas sagrados, saliendo de sus cuevas subterráneas, rugían enloquecidos de terror.

Comprendió Nayjama que asistía a una de las destrucciones de Tiwanaku.

Arrojó el sacerdote otra arenilla en el aire y el paisaje recuperó su ordenamiento y su calma. Las aguas se retiraron a su cauce no sin incorporarse buenas áreas de tierras. Y los sobrevivientes comenzaron a edificar el nuevo Tiwanaku, más potente y soberbio que el anterior. Todo en escala mayor: templos, fortalezas, pirámides, canales y extensos talleres de piedras labradas. Grandes multitudes como brotadas del nuevo piso poblaban terrazas y explanadas, ascendían por vastas escalinatas y acrecentaban el fuego de las hogueras en colinas artificiales. Y la nueva ciudad, vista de lejos, fingía una fortaleza fabulosa de planos escalonados en el aire. Y vista de cerca ensordecía con el ruido de los cinceles, el movimiento de las armas y el vocerío de las gentes. Y a los muelles atracaban numerosas embarcaciones de las cuales bajaban, otra vez, ejércitos conducidos por jefes enmascarados que se dirigían a rendir homenaje al "Apu-Jacha-Irpa" o gran conductor del Tiwanaku. Y eran hombres bajos, de piernas cortas y anchos torsos. Y corrían de ambos lados, en largas filas simétricas, hacia el trono de oricalco: unos con caretas de cóndores, otros con mascarones de pumas. Y allí, al centro de la escena, sobre, un plinto de oro, el Rey-Sacerdote con inmovilidad de piedra,

empuñando las insignias del mando, oculto detrás de la máscara sagrada que simbolizaba los poderes del mundo y su misterio recibía impasible el homenaje de los forasteros.

—¡Es el personaje de la Puerta del Sol! —gritó Nayjama entusiasmado. Y se preguntaba: ¿quién es verdaderamente, un representante de la deidad antigua, la deidad misma, un gran jefe, un ser vivo o sólo un símbolo de poder, por qué se esconde?

Y otra vez pareció enojarse el sacerdote:

—Refrena tu impaciencia— profirió. Es la máscara que nadie ha levantado todavía.

Y cuando Nayjama alucinado hizo que la escena central viniera hacia él y en un loco arrebato intentaba descubrir el rostro encubierto, el sacerdote le arrojó arenilla a la cara, y todo huía, huía vertiginosamente en rápidos remolinos de viento...

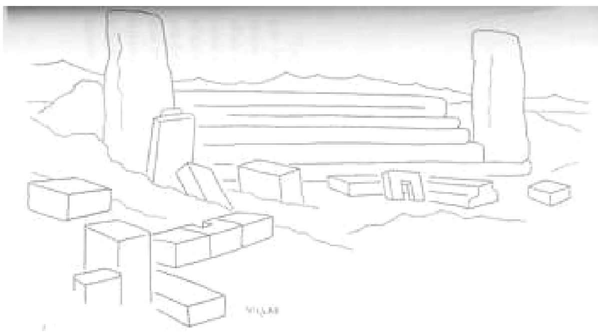
Y Nayjama se vió nuevamente en pleno día, bajo un sol ardiente, sentado en el yermo suelo con la espalda apoyada en uno de los pilares de las ruinas de Kalasasaya. Un chicuelo descarado le arrojaba piedrecillas al pecho y a la cara. Allí, cerca, la Puerta del Sol erguía su portada indescifrable. Más allá "El Fraile" recortaba su silueta en el azul del cielo. El mundo quiero de la ciudad-santuario, recuperaba su silencio y soledad.

Y entonces supo Nayjama que la belleza de Tiwanaku es su misterio.



RELATO LEGENDARIO:

LOS ATLANTES



Leyenda es sólo aquello que fluye por transmisión oral, lo que se comunican las generaciones. Pero cuando ellas se profundizan en el tiempo y alcanzan la categoría de ideaciones o símbolos colectivos; cuando la memoria de los pueblos se remonta a las lindes remotísimas de lo teogónico y lo cosmogónico, entonces las leyendas se transforman en mitos. Y el mito es cuento, fábula, historia, leyenda, realidad, invención poética a la vez, combinados tales ingredientes en proporciones desiguales mas siempre oscuramente relacionados entre sí.

La leyenda nos es próxima: podemos aprehenderla y transmitirla. El mito se distancia y se recubre de misterio: su acceso es difícil y mejor lo intuye el soñador que la mente que investiga y razona.

En el relato legendario interviene, además, el propio poder fabulador del narrador. Hay hitos de verdad, de realidad. Hay teorías, conjeturas. Hay también la costura invisible de la fantasía que extiende y recama la tela de los sueños. Porque no es todo sueño aunque todo se enmascare de palpable realidad.

Verdad en parte, con proyección mítica en otra, el relato legendario se engendra por sí mismo: crece y se dilata conforme aumenta su andadura. Mira, estudia, recuerda. La imaginación es su fuerza mágica: crea, re-crea, descubre, re-descubre, rememora, ata cabos y desata nudos, y también —¿por qué no?— inventa, remodela, intuye mundos abolidos.

La controversia de los siglos continúa: ¿la Atlántida fué realidad *o* es sólo un mito? Tómelo cada cual como lo sienta. Porque se "sienten" y presienten lo mismo sueños que verdades. Y la versión poética transfigura los sucesos. Todos. Los que transcurrieron y los que son imaginados.

El Primer Relato Legendario dice así:

Once mil años atrás, cuando el Mar se sorbía la Atlántida, cinco de sus Reyes con reducidas comitivas se salvaron navegando en sus arcas reales hasta dar en las playas de América. Entonces era, para ellos, el Continente Desconocido y uno de sus Sacerdotes-Videntes propuso que se le denominase el País de la Esperanza.

Esos cinco reyes, cuyo mando, sabiduría y poder de organizar sociedades originaron las primitivas culturas americanas, se llamaban: Azatlán, Lemurinos, Gondwalles, Mu-Lafertes y Atlantis-Ti. Unos fueron al Norte, otros quedaron al Centro y el quinto soberano se dirigió al planalto cordillerano, hoy el Ande Boliviano. Fué el fundador del primer Tiwanaku, atlante en su origen, cuyas huellas borraron pueblos y civilizaciones posteriores.

Las actuales ruinas de Tiwanaku, a las que se atribuye por las pruebas del Carbono 14 y otras investigaciones científicas no más de 4000 años de antigüedad, nada dicen de los 7000 años anteriores ni menos, aún, del tiempo inicial de la fundación atlante.

Será difícil precisar que Tiwanaku, aunque el principal, es sólo uno de los yacimientos arqueológicos dispersos en los altiplanos de Bolivia, que son muchos.

Conviene además recalcar que lo que actualmente se ve en Tiwanaku, es poco en relación a las ruinas todavía sepultadas. En Bolivia no se han realizado, todavía, las excavaciones en gran escala y con recursos financieros y técnicos como se ha hecho en México y en el Perú. Aparte de lo efectuado por algunas misiones extranjeras que sólo arañaron la superficie, los principales trabajos de búsqueda e investigación se deben a Posnansky, el precursor, a Federico Diez de Medina organizador del museo tiwanakense que lleva su nombre y a Carlos Ponce Sanjinés, primer científico boliviano en la materia que con grandes sacrificios y admirable vocación funda y anima la reciente escuela boliviana de arqueología.

Si la antigüedad del hombre sobre el planeta retrocede cada vez más, y hoy se habla de millones de años; ¿qué podemos pensar de las edades de Tiwanaku? Sencillamente: que fueron varias o muchas. Si el Tiwanaku histórico se limita a cuatro milenios, el Tiwanaku pre-histórico puede pasar de 20 a 30.000 años, y el Tiwanaku mítico se hunde en la niebla del pasado.

Pero volvamos al surco legendario de los atlantes.

No existen rastros ni evidencias materiales de Atlantis-Ti. Menos de lo que pudo hacer como legislador y constructor de ciudades. Catástrofes telúricas y acuáticas, guerras,

incendios, y varias veces la remoción del cíngulo climatérico, mudaron las condiciones geográficas, desplazaron y superpusieron los límites de la Ciudad-Santuario.

Ni el arqueólogo ni el historiador alcanzan los apartados confines del reino atlante reconstruído en Tiwanaku.

Existe, empero, una memoria de memorias, no escrita, no transmitida de boca en boca, no petrificada en ruinas o monumentos — "anamnesis" — decía Platón —que de modo sutil, muchas veces impensado o inesperado, visita al buscador de tiempos desvanecidos. Y es ella la que evoca la llegada de los náufragos transatlánticos.

Al trepar a las cordilleras Atlantis-Ti encontró poblaciones diezmadas por guerras y desastres naturales. Eran los proto-kollas y los pre-aimáras, descendientes de antiguos pueblos despedazados por luchas intestinas o por el natural desgaste de los milenios, que se alían con la naturaleza para humillar grandezas.

Quedaban confusos recuerdos de esplendores desvanecidos. Los pobladores de baja estatura, pobremente vestidos, mal alimentados, se asombraron de la fortaleza y majestad de los recién llegados. Y cuando éstos, dirigidos por el monarca atlante, comenzaron a enseñarles conocimientos agrarios, astronómicos, de organización social, los reputaron dioses más que reyes. Bajo su mando aprendieron a erigir templos y fortalezas, a trazar ciudades planimétricas, a utilizar sistemas de regadío. Construyeron puentes y caminos. Aceptaron la organización comunitaria regida por una casta sacerdotal-reinante. La sabiduría de los atlantes los sacó del estado tribal y semibárbaro.

Refiérese que estos fundadores del primer Tiwanaku —once mil años atrás— eran magos, poseedores de una ciencia hermética que guardaban celosamente. Predecían el tiempo por el estudio de los astros. Trasladaban inmensos pedrones revolucionando las leyes acústicas. Podían hacerse invisibles. Levitaban, lo que atemorizaba a los nativos y hasta efectuaban cortos vuelos sin ayuda de artefactos mecánicos. Leían en el tiempo como otros leen en el espacio: podían señalar la aproximación de ejércitos rivales "viendo" a muchísima distancia, anticipando sus movimientos, y así salvaron al primer Tiwanaku de desastres bélicos. A veces cambiaban el curso de las aguas y aplanaban cerros por técnicas secretas que murieron con ellos. Fueron maestros en la ciencia de interrogar a la naturaleza y en el arte de organizar a los hombres. El Rey Atlante y sus sacerdotes y dignatarios, aun siendo pocos, eran muy ingeniosos, industriosos, esforzados. Un constante flujo de ideas y de inventos renovaba sus mentes con el consiguiente beneficio para los pueblos andinos.

Atlantis-Ti reinó muchas lunas en ese primer Tiwanaku que por ese tiempo el fundador bautizó como Poseidonis, en recuerdo a la patria sumergida en el océano y por estar al borde del gran Lago Titikaka que entonces debió tener otro nombre.

Y los andinos de las altas planicies volvieron a florecer en paz y felicidad porque su naturaleza telúrica se adaptó fácilmente al espíritu cósmico de los Atlantes, señores del Cielo y de la Tierra.

La partícula "Ti" ejercía una extraña fascinación en los naturales, que le atribuían un sentido mágico de procedencia cosmogónica. "Es la clave del origen —pensaban — y convierte a los reyes en dioses". Y acaso a ese influjo intuitivo se debe la raíz "Ti" del vocablo Tiwanaku, que también inmortalizaría el recuerdo del primer Rey Atlante, el organizador.

Dos, tres generaciones de soberanos atlantes elevaron a gran prosperidad la Ciudad-Santuario y sus territorios aledaños.

Varias centurias después movimientos sísmicos de gran magnitud destruyeron parcialmente a Poseidonis y las aguas se retiraron de sus tierras. Pero los atlantes maestros en ciencia arquitectónica y en ingeniería hidráulica la reconstruyeron rápidamente.

—La nueva ciudad-santuario habrá paz durante mil trescientas lunas —dijo el oráculo. Y así sucedió.

Allá por el noveno milenio antes de la era cristiana, el segundo hundimiento de Poseidonis enloqueció a los pobladores nativos. Se rebelaron contra la casta cerrada de los Atlantes, los victimaron sin que escapara ninguno. Los andícolas de la región retornaron al primitivismo tribal. Mucho tiempo más tarde, algunos jefes, hombres de inteligencia superior que guardaban la tradición esotérica de los reyes atlantes, reconstruyeron la Ciudad-Santuario y la denominaron Tiwanaku: "esto es de Dios".

Esa fué la tercera fundación a la que seguirían varias otras porque según la memoria legendaria del tiempo atlante, la Ciudad-Santuario de los altiplanos fué destruída y reconstruída muchas veces.

Entonces se afirman los Antis, los Proto-Kollas, o los Pre-Aimáras, razas oriundas que aprovecharon las tradiciones y conocimientos de los antiguos reyes atlantes para erigir las nuevas civilizaciones andinas.

Fueron pueblos muy belicosos que guerrearon entre si fieramente. Descendieron a las costas y los reinos costeros intentaron supremacía en los altiplanos siendo siempre derrotados.

No se sabe cuáles fueron los Dioses de los remotos atlantes. Ni su organización política y social. Apenas queda recuerdo de su sapiencia botánica: dicen que hacían brotar árboles y plantas desconocidos en las tierras más áridas. Que se transportaban a cortas distancias por el aire. Que podían remodelar montes y colinas.

—Esos primeros Mallkus o reyes de la antigüedad —me relató cierta vez un amauta aimára— venían de la oscuridad. No adoraban a la Montaña ni al Sol. Creo que estaban embrujados por la Luna. Sabían muchas cosas, levantaron lindas ciudades, enseñaron ciencias y artes a los antepasados, pero no pudieron evitar ni prevenir las cóleras de la naturaleza. Por eso las gentes les perdieron confianza y los exterminaron. Sin embargo muchas cosas aprendidas de ellos siguen misteriosamente vigentes.

De Atlantis-Ti y sus sucesores —porque hubo una larga dinastía atlante— no queda rastro. Pertenecen al reino de los mitos, no a la historia.

Sólo vagos indicios de una probable inmigración oceánica se pueden advertir en la colección arqueológica del coronel Federico Diez de Medina: son unas cabecitas humanas de razas no conocidas en el Ande Boliviano, trabajadas finamente en cerámica, y diminutos torsos y testas de animales también desconocidos, en arcilla. Esos restos primorosos, extraídos de las ruinas de Tiwanaku, testimonian que a la Ciudad-Santuario llegaron, en tiempos muy remotos, hombres, animales y especies procedentes de otras regiones del planeta o de la sumergida Atlántida.

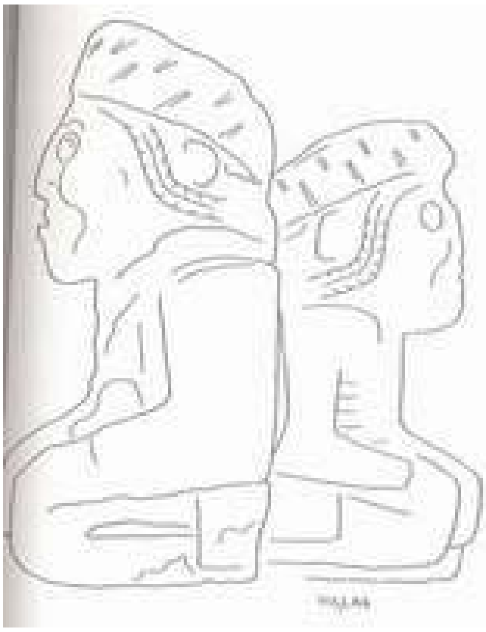
Muchos sabios, arqueólogos y estudiosos admiten la tesis atlante como origen real de Tiwanaku. Muchos otros niegan ese aserto y lo confinan al territorio de los mitos.

Lo cierto es que el hálito legendario de la proeza atlante, sigue vibrando en el aire finísimo de las Cordilleras.



RELATO LEGENDARIO:

LOS ANTIS



Otros mitos, tradiciones, leyendas y relatos orales refieren que las primitivas culturas andinas fueron originarias del ámbito geográfico que las sustentó. Para esta segunda corriente que podemos llamar la Escuela Boliviana —no rigurosamente científica ni demostrablemente prehistórica, pero sí acentuadamente poética y terruñera— el Ande y los andinos provienen de la remota lejanía geológica, cuando el mundo se formaba y transformaba en una sucesión alternada de tiempos diluviales, eruptivos, de grandes empastes tectónicos y trastornos de la costra terráquea, cuando las aguas, los aires, el fuego y las tierras libraban combates descomunales que modelaban y desfiguraban los paisajes para volver a organizarlos.

Y el Segundo Relato legendario dice así:

—"Pachakuti" —el Dios del Milenio— quiere decir que cada mil años el mundo perece para volver a renacer de sus ruinas —dicen relatos inmemoriales. Y esto sucedió tantísimas veces que se perdió la cuenta.

Quienes evocan la última época glacial apenas llegan al último cabo de la inacabable cadena de los procesos cosmogónicos. "Chamak-Pacha" —la Edad Oscura, cuando no había sol y las gentes se movían entre sombras —alternó muchas veces con los "Pacha-Willka" o Tiempos del Sol que alegraban a los hombres y fecundaban los campos. Por ello dicen los Amautas que las civilizaciones y los reyes de las Cordilleras fueron tantos que no pueden ser contados porque se pierden en distancias abismáticas.

Y añaden las versiones ancestrales que pueblos y culturas fueron innumerables, pero que la pisada de los unos borraba la pisada de los otros, de modo que es imposible remontarse a los orígenes ni distinguir la escala de las generaciones.

De lo transcurrido en milenios de años nada se sabe. Se imagina solamente lo que pudo ser. Se intuye en cambio, con visos de certidumbre, que muchos milenios atrás la raza de

los Antis —los primeros y más excelsos— poblaba todo el escenario andino distribuída en reinos y pueblos de afinidad étnica.

Esos Antis no vinieron de región alguna porque brotaron del suelo: estaban siempre ahí. Es tal su antigüedad que se ignora cuándo comenzaron y quienes fueron sus reyes. Menos, todavía, el nombre de los fundadores de esa remota cultura.

Pero queda una vaga memoria de que adoraban a cuatro Dioses Primordiales: "Pacha ", la Tierra; "Illa ", el Fuego; "Wira ", la Fuerza que nace de los Aires; y "Kocha ", el Agua. Creese que reverenciaban y conversaban con los "Apus", los Señores del Paisaje, o sea los Grandes Maestros que encarnaban en los Montes. Y habrían sido los Magos de los Antis los que dieron su nombre a la Cordillera de los Andes.

Cierto día, inquiriendo sobre el origen de los nombres seculares de los majestuosos nevados bolivianos, otro Amauta me refirió gravemente:

—Muy viejos son. Incas, aimáras y kollas ya los hallaron bautizados. Fueron los Antis sus padrinos. A las cumbres mayores llamaron "Illampu" e "Illimani", hijos del fuego y de la luz, a los cuales consagraron al Sol y a la Luna. (Véase que ambas palabras se inician con la raíz "illa ", denominación de uno de sus dioses ancestrales).

Y cuando pregunté al Amauta por qué no quedaban rastros de esos Antis legendarios ni del por qué de esos nombres hermosos y enigmáticos de las grandes montañas, me contestó:

—Todo eso es tan distante... Tanta nieve ha caído en el curso de los Milenios. Hubo tiempos en que el hombre y la piedra comunicaban: los Monolitos son los centros de aproximación entre el Cosmos y el Hombre. Tiwanaku es apenas el último eslabón en la cadena de las civilizaciones andinas. Pero de esas cosas, de esos reyes que esconden sus nombres, de la significación de esos nevados grandiosos, de ese pasado remotísimo y de sus profundos enigmas, sólo puede hablarse entre iniciados, no transmitir tales conocimientos a la escritura. Ya ves lo que le pasó al "Tata" Villamil de Rada: develó muchos secretos y la Rocha —el Mar— se lo tragó.

—Durante cuarenta años he vencido todas las etapas que me fueron señaladas. No tengo tu sabiduría ni tu memoria. Sé que me separa aún larga memoria. Sé que me separa aún larga distancia del sitial que tú ocupas —dije al Amauta "Pacha-Willka" — Sol Telúrico — pero te ruego que me abras las Puertas Finales del Misterio Andino. Nada diré.

El Amauta sonrió despectivo:

—Eres indio como nosotros por el afecto, por simpatía simbólica, por la constancia conque intuyes y tratas de exaltar nuestro pasado, pero en tu mente eres nomás un occidental: te roe la ambición. Tu meta es la fama y terminarías revelando lo prohibido. Es mejor que lo ignores, así tu voluntad rendirá mejor.

Y se negó a confiarme más.

No tuve, pues, textos, guías, ni maestros calificados para orientarme en la bruma de los Milenios.

Ni el culto iniciático ni las revelaciones oníricas me dieron pautas de comprensión. El pasado andino, el legendario y más remoto, lo adivino, lo "siento", lo presiento, lo percibo bullir en mi sangre y renacer en mi memoria. Un dios visible y un dios invisible acosaron mis mocedades siempre ansiosas de saber: la Montaña y el Maestro Interior que me habita. ¿Por qué desde la infancia estaba, ahí, el Gran Dios Blanco revestido de belleza y poderío bajo el azul olímpico del Ande? ¿Y por qué la magia india desde la adolescencia conmovía mi espíritu como si otro Gran Dios Nigrescente me mandara escrutar las oscuras lejanías para traer sus claves de misterio hacia la luz?

El ojo que mira, la inteligencia que admira, el sentimiento que esencializa lo contemplado y meditado. He aquí la trinidad de la intuición trascendental que lo alcanza todo. Y si no lo alcanza lo crea o lo re-crea por sí misma.

El relato legendario de los Antis prosigue así:

La pisada del hombre en el planeta es tan antigua, que nadie puede seguir desde su origen las razas y las culturas. ¿Quiénes fueron los primeros en determinados pueblos y regiones? Nadie lo sabe. La tierra y la historia se transforman constantemente en la sucesión de los cambios geológicos y de las evoluciones humanas, haciendo imposible cronometrar todo el pasado. No hablemos, pues, de los primeros habitantes del Ande Boliviano, tan remotos que perdieron el nombre, sino de los primeros de los que hay memoria. Esos fueron los Antis.

Dicen que el primer Soberano de los Antis —acaso el fundador — fué "Chiar-Jake", el Hombre Negro porque vestía una túnica de ese color. Un pectoral de oro laminado, y una tiara de estaño pulido de tres planos completaban su atavío. Hay quienes piensan que es un personaje mítico que jamás existió, pero si se visita la región de Calacoto, en La Paz, se advierte un pico altanero de origen volcánico. Antes los indios lo llamaban "Chiar-Jake", el Hombre Negro. En la Colonia le cambiaron el nombre por La Muela del Diablo. Me atengo al primer nombre. ¿Quién dió ese nombre al vértice rocoso y a quien representa? Si persiste el recuerdo aunque sea indeterminado, también debió existir el personaje. No es huella histórica, ciertamente, pero rastro legendario sí.

Es el que he seguido. Y por él deduzco que "Chiar-Jake" fué el primer fundador de Tiwanaku —antes de los cuatro períodos o épocas que detectan los arqueólogos— y que esos recintos anteriores al tiempo pre-histórico, pudieron ser edificados y destruídos muchas o varias veces.

Los Antis reinaron varios Milenios, legando valiosos conocimientos científicos y artísticos, así como instituciones agrarias y sociales a los Tiwanakus posteriores. Conjugaron la mecánica celeste con las transiciones telúricas. Vivían inmersos en la naturaleza, dentro de ciclos cósmicos que hermanaban tierra, cielo, hombres, animales, plantas y piedras. Amaron lo oculto y su religión nocturna auscultaba las sombras y se simbolizaba en el culto a las montañas. Magos y profetas, tuvieron también Reyes-Sacerdotes, grandes guerreros y sapientes legisladores. La organización política y social, el régimen económico previsor y justo, la arquitectura y la estatuaria, las finísimas cerámicas, todo eso que los Incas heredaron de los Kollas, éstos a su vez lo recibieron de los Tiwanakus, herederos de los Antis.

Esos Antis enigmáticos sabían muchas cosas cuyo dominio se ha perdido. Sólo por "anamnesis" la memoria esotérica puede aproximarnos a esos tiempos, esos seres yesos hechos abolidos para una comprensión histórica.

Parece que los Antis poseyeron tal dominio de las leyes secretas de la acústica, que por medio de los sonidos podían movilizar masas pesantísimas que habrían requerido la fuerza de miles de hombres. Así se explica el traslado de parajes lejanos y el levantamiento de los pesados bloques de "Puma-Punko" y de "Kalasasaya" en Tiwanaku. También de ellos se refiere que "caminaban por los aires". Pulían las piedras hasta que adquirían al tacto la tersura del cristal. Su ciencia agraria e hidráulica fué tan lejos que transformaban los eriales en huertos floridos y acrecentaban las cosechas en regiones hostiles. Tallaron montes y vencieron abismos por una ingeniería natural que aunaba el fundamento telúrico con el ingenio de los pobladores. Inventaron las "pukaras" o fortalezas que situaban en las cimas de los altos cerros desde las cuales señoreaban los territorios y resistían victoriosamente a los invasores, — he conocido una, la de Monterani, en las pampas carangueñas — pues sólo se ingresaba a ellas, es decir hasta la cima, por pasadizos subterráneos hoy desaparecidos. Eran fuertes, duros, con gran poder de trabajo y corta afición a diversiones. Proviniendo posiblemente de la última edad glacial y de la "Chamak-Pacha" o edad oscura, cuando no había Sol, crecieron en la reciedumbre y en el misterio de las montañas, reservando su sentimiento lírico de la vida más que a sus pueblos a la naturaleza circundante; de aquí los nombres hermosísimos de montes, nevados, ríos, quebradas y valles, muchos de los cuales tienen vigencia todavía. Estos Antis

remotos, más intuídos que conocidos, serían los precursores de Tiwanaku y de todas las culturas andinas anteriores a la Ciudad-Santuario.

Esos Antis, señores del mundo andino por espacio de Milenios, fundaron reinos y algunos desaparecieron con ellos. Se cree que cuatro, cinco y tal vez más Tiwanaku legendarios, forman el cimiento aun no demostrado de los cuatro Tiwanaku pre-históricos. La ciencia arqueológica puede mofarse de estas suposiciones, pero el día —todavía lejanísimo— en que los altiplanos entreguen los arcanos de esas civilizaciones sepultadas bajo el suelo, recién se sabrá que los Antis y otros pueblos y culturas se suceden en el rodar de la palingenesia andina, tal vez más sabios, más ricos de fantasía creadora que Incas, Kollas y Tiwanakus.

Podría ser, también, que los Antis provengan del vocablo "anta", o sea el cobre, que antes de los últimos plegamientos de la Gran Cordillera afloraba en yacimientos muy extensos a la superficie. Podría ser.

Yo los veo en el tiempo mítico, guerreros y agricultores, geófilos y siderales, constructores de ciudades y organizadores de pueblos, criaturas de un tiempo abolido cuando los ciclos telúricos ajustaban con las revoluciones de la mente, y nada era sobrenatural porque todo se movía en el ritmo natural del juego cósmico, eternamente mudable y alternado de creación, destrucción y renacer.

Esa raza extinguida de seres superiores —como no existen hoy los griegos geniales del siglo V antes de J. C —tuvo sus cimas y sus simas, como sucede en todo el transcurrir de los pueblos. Sus descendientes o sus sucesores han heredado sólo parte de sus asombrosos conocimientos. Es más lo que falta por conocer que aquello ya conocido.

Me acude la idea que los Antis no se desvanecieron del todo. Su presencia es un hálito poético que se exhala de las montañas, del Tiwanaku, del Lago Titikaka, del alma inmemorial del indio, del ámbito hermético y misterioso del escenario andino donde todo, siendo lo más viejo, podría devenir también lo más joven.

Porque ese es el embrujo que ciñe el recuerdo de los Antis: el crepúsculo de cobre que tiñe de pálido azafrán su legendaria antigüedad, podría transformarse en la aurora matutina que anuncie el sol de oro de un nuevo amanecer.

¿Quién sabe lo que dirán los carbones y los sílices cuando los despierte el alma intrépida y siempre buscadora de los pueblos que aun no han sido?

Los Grandes Maestros del Pasado acaso sean asimismo los Sutiles Guías del Futuro.

Yo sólo sé que en el cosmos cordillerano y en la conciencia andina circulan tensiones invisibles de fuerza y pensamiento que captan pocos, porque pocos penetran en le magnetismo físico y en la orografía espiritual del Ande.

Y “Anti” o “Antis” es la palabra mágica que guarda las claves del pretérito remoto y los centros de revelación del Nuevo Mensaje que bajará de las Montañas.



Y un último misterio:

"Hyerostheos", el Dios Desconocido, sin Nombre y sin Templo, que buscaban pueblos remotísimos, ya desaparecidos, antes que los hombres se alzaran al culto de la Tierra, del Sol y de la Luna, de las Deidades Mitológicas y del Dios Mono- teístico, se esconde detrás del Monolito de Tiwanaku, a larguísima distancia en el Tiempo.

Recorre esa distancia, escruta en sus últimos confines y te será revelada la Verdad Antigua.

Inicio

Comentario

"PRENSA" de Buenos Aires y "LA TEOGONÍA ANDINA" de Fernando Diez de Medina.

"La Teogonía Andina" de Fernando Diez de Medina es un libro excepcional. Las letras de la América Hispana incorporan con él un aporte definitivo. Diez de Medina ha logrado su obra más elevada, más perfecta".

"La tarea era casi imposible, Catalogar a la manera de un Homero-dioses, deidades, demiurgos y héroes de los Andes en una obra que aunara la insólita erudición (el lector queda asombrado por este increíble catálogo de nombres) y la belleza formal que no decae un solo instante. Obra de religión y de historia es a la vez una maravillosa creación de arte".

"La generación de los dioses en el orbe andino recorre cuatro ciclos que se eslabonan entre si: el cosmogónico que impulsa THUNUPA; el epifánico que proyecta NAYJAMA. Cuatro arquetipos primordiales que aproximan los hombres al oscuro misterio de la divinidad".

"Maravilla del mito inaugural donde realidad e irrealidad se entrecruzan sin fronteras, enigma de los orígenes, formidable canto al Ande inmemorial. Diez de Medina ha logrado el milagro de crear un universo que vale por si mismo, sin fronteras fijas, real e imaginario a la vez, increíblemente bello. Misterio del tiempo intemporal contado para siempre".